

ARACELI ROCCA

SILENCIO DE FAMILIA



novela

SILENCIO DE FAMILIA

SILENCIO DE FAMILIA

ARACELI ROCCA

Rocca, Araceli
Silencio de familia / Araceli Rocca. - 1a ed. - La Plata:
EDULP, 2016.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-1985-93-7

1. Novela. I. Título.
CDD A863

SILENCIO DE FAMILIA

ARACELI ROCCA



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)
47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina
+54 221 427 3992 / 427 4898
editorial@editorial.unlp.edu.ar
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN N.º 978-987-1985-93-7

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
© 2016 - Edulp
Impreso en Argentina

Agradecimientos

A Susana, por su compromiso, sensibilidad y responsabilidad.

A Ana, por su generosidad constante.

A los amigos de Hernán, por su emotiva evocación.

A César, por todo.

"Se dice que la muerte es siempre una experiencia personal. Pero cuando ésta pasa de ser una experiencia privada a una expresión colectiva de exterminio, se convierte en un trauma social que sobrepasa los límites del dolor familiar. Entonces, la identificación con el dolor no es sólo de aquellos que perdieron a un ser querido, sino también de quienes convivieron con el terror de convertirse en la próxima víctima y para quienes el terrorismo no es una abstracción, sino una experiencia de vida que no desean para sus descendientes."

Liliana Llanes en "Quienes cierran los ojos al pasado se convierten en ciegos para el futuro" extraído del libro *Monumento del terrorismo de Estado. Parque de la Memoria*.

A mi hermano Hernán

Índice

Cómo olvidar el recuerdo	8
Una familia en "Castilla"	14
El álbum de fotos	20
Amigos	29
Advertencia	39
Viernes Santo	45
El cinturón	54
La despedida	60
El silencio del juez	64
La palabra encarcelada	68
Las cartas de mamá	73
Quebrar el silencio	77
Las pruebas	82
Homenaje	86
Tu sombra	94

Cómo olvidar el recuerdo

Una sola palabra en el anillo
del silencio basta para encender el fuego.

Fuego. HAMLET LIMA QUINTANA

Se acercan recuerdos gastados por el tiempo, pero se me figuran nuevos, inaugurados por la memoria. No transcurren como el tiempo real, lo resumen. De alguna manera, lo traicionan dando lugar a una historia renacida desde un yo que recuerda. Pero a veces siento que no soy yo la que lo hace, las imágenes se distancian y viven fuera, se han elegido unas a otras... Hay algunas que quedan atrás, en el olvido; otras, cobran vida propia alejándose de la realidad que les dio origen. No sé qué parte de mí las selecciona: la dolida, la resentida, la justiciera. Pero, veo que esa elección es amorosa, sublima la virtud. Y entonces vuelven las imágenes y cuando llegan, se transforman en palabra viva.

Tenía necesidad de encontrar a alguien que me escuchara, sin embargo, no fue fácil. Me había casado y me había ido a vivir al interior, eso ya lo sabés. Allí estuviste el día de mi casamiento y se te ve en una foto con Fabiana juntos, están hermosos, de la manito, las sonrisas jóvenes, el cuerpo atlético, vivo. Cómo no vas a saber que me fui lejos. En la casa del campo siempre tenía mucho que hacer; en realidad, siempre tengo mucho que hacer, ahora, en el presente. Pero allí, tal vez por aburrimiento, quizás por soledad, recorría cada rincón buscando dónde y cómo poner las cosas. Me habían prestado la casa y había que volverla habitable. No sé esa mi manía de buscar un orden, una estética a todo. Pintamos: Eduardo las paredes, yo los muebles, las rejas. Todo tenía que quedar impecable. Y además transformar el

jardín, pedir plantas. La agenda estaba llena del *hacer*. Y mientras hacía y hacía cosas, no podía dejar de pensar lo lejano que parecía todo: el casamiento, la mudanza, quizás, el último beso. Porque en realidad no recuerdo cuándo nos despedimos y me duele mucho no saber cómo fue, cuándo te vi por última vez. Pero sí, el después, porque fue interminable. Muchas horas sola en mi nueva casa. Ni televisor, ni radio, ni amigos, ni familia, ni ruidos en esa inmensidad de tierra y pasto. Por momentos, la angustia me daba ganas de salir corriendo. Y no podía nombrarte. Un nudo en la garganta y algo raro en el pecho, no sé qué, como si se hundiera. Y tu cuerpo aparecía de pronto y mi pensamiento te recorría en tu último momento, con la cara, tu hermosa cara, llena de interrogantes. También hubo muchos días de llanto, hasta gastar las lágrimas. Y estaba ahí, trasplantada, ahora ese era mi hogar, lejos de la casa que fue nuestra.

Sé que nadie iba a entender lo que había ocurrido. No encontraba con quién hablarlo: Eduardo estaba muy poco en casa y ese tema no se mencionaba. Era especial para construir silencios. Cada uno parecía retener el recuerdo para sí mismo, como si fuera exclusivo y no pudiera compartirse. Creo que era tan fuerte que no podíamos, vos entendés. La soledad del campo me iba encerrando. Me faltaron abrazos además de palabras. Sabía que tenía que contarlo, pero ¿a quién? Sabía que la palabra me traería el alivio que buscaba. Por otra parte, como te imaginarás, no podía andar diciendo por ahí que buscaba a alguien para contar mi historia, que en realidad era tu historia. No obstante, tenía que ocultar mi búsqueda porque en ese lugar presentía que no debía mencionarla, me daba miedo. Te preguntarás por qué me daba miedo. No eran tiempos fáciles, los viviste. La gente callaba porque no se sabía quién estaba en la vereda de enfrente. Allí era la “hermana de” y sentí que tal vez podía ser peligroso. ¿Te das cuenta? ¿Negar tu existencia? ¿Ocultar cómo habías muerto? Es impensable... ¿podrás perdonarme? Necesito que me perdones. Me señalarían, me juzgarían, me cercarían dentro de un espacio sospechoso de donde no podría salir. La gente habla sin saber, sin preguntar. No podemos desprendernos de la opinión ajena. La mirada del otro es como el ojo del Dios bíblico, vengativo y castigador. Y no podía

soportarla, no sé si no me hablaban porque no sabían qué decir o porque te estaban juzgando. Las dos cosas me hacían sentir diferente, distante. Por otro lado, sentía el dolor de la injusticia y el miedo. Siempre el miedo detrás de la espalda, persiguiéndome.

¿Te parece que allí alguien me iba a comprender? El silencio parecía girar a mi alrededor como en un círculo. También se había instalado en casa. Recién casados. Eran dos dolores que no podían llorar juntos. Tendrían que pasar muchos años para enterarme que a él también le dolía. Por otra parte, sabíamos que todos lo sabían. Pero no como yo quería que lo supieran. Tenía mi versión, que, por supuesto, para mí era la verdadera. Es por eso que necesité buscar quien me escuchara, a quien decirle lo que sentía.

No puedo negarte lo mucho que me ayudó la familia de Eduardo. Graciela me indicó en qué escuelas inscribirme y con quiénes hablar, me presentó gente. Fue pasando el tiempo y conseguí trabajo en un Instituto Superior. También tuve unas horas en la escuela rural donde vivía. Era una profesora principiante que sentía el desafío de lo nuevo. Tuve que concentrarme en las materias que iba a enseñar. Todo esto me distrajo de esa necesidad que siempre estaba latente. Parecía desvanecerse por momentos, como si se borrarera, como si fuera ajena. *De eso no se hablaba*. Pero, sin embargo, estaba ahí, invadía mis pensamientos. A esto se sumaba el sentimiento de desarraigo que dolía más que nunca. Era como si se hubiera duplicado. Me sentía como exiliada en mi propio país.

Por suerte comencé a conocer gente nueva y cómo me ayudaron tal vez sin saberlo. Fue una poderosa forma de amortiguar la tristeza, pero evitando el olvido. Porque nunca hubo olvido, quiero que lo sepas, y no lo habrá jamás. Primero apareció Ester en mi vida. Me encontró agotada, sentada en el porche de mi casa, descansando de un largo día de limpieza. Mi casa estaba al lado de la escuela donde trabajaba Eduardo y nos habíamos conocido en la despedida de solteros. A pesar de que ese día había mucha gente que no conocía, cuando pasó por casa la reconocí de inmediato. Se acercó con su son-

risa despreocupada y alegre. Me quejé de todo lo que tenía que hacer, como siempre. Me quiso convencer de que la mudanza había que hacerla sin apuros, como si el tiempo no tuviera importancia. Siempre me gustó su forma de quebrar mi ansiedad. Por lo menos lo intentaba. En cambio, yo, deseaba acomodar mi casa lo antes posible, convencida de que el orden externo iba a limpiar también mi cabeza llena de ruidos o tal vez de silencios. Hacer desaparecer el pasado. Desaparecer lo desaparecido. Pero, ¿quería olvidarme? ¿quería olvidarte? Impertinentes contradicciones.

Lo cierto es que Ester y yo nos hicimos amigas. Fue una amistad de las que no terminan. Éramos dos opuestos, dos ocurrencias, dos risas, dos locuras discursivas. La ironía, el chiste, la broma llenaban nuestras tardes de mateadas. No faltaban tampoco las citas literarias o la mención a problemas del lenguaje. Nos unía nuestra formación. No obstante, de algo no se hablaba. Si yo lo mencionaba porque quería contar, Ester se callaba o cambiaba de tema. Nunca era momento, ni el lugar para hablar de eso. Ella no lograba poder compartir mi historia. Ella también tenía miedo de enfrentarse con mi dolor. Si bien pensé que iba a recibir mi relato, no supo o no pudo.

Y los años me trajeron también los hijos que ayudaron a guardar el pasado en un cajón de recuerdos perdidos. Seguíamos sin hablar del tema. El trabajo y el cuidado de mis chicos parecían ocuparlo todo, hasta los pensamientos. Pero el pasado siempre estaba en la orilla del presente. Y la necesidad de hablarlo seguía latente. Empecé a pensar que tal vez un profesional podría ayudarme.

Mi hijo mayor comenzaba el preescolar. Chicos nuevos, madres nuevas. Y entonces la vi. Era nuestra primera reunión con la maestra. La impaciencia en las preguntas delataba a las madres primerizas. La curiosidad y la indagación crítica, a las madres experimentadas. Pero Silvia se destacó desde un primer momento. La agudeza de su reflexión, su sensibilidad y su profundidad se notaron aun en las preguntas más simples. Mezclaba en su personalidad sabiduría y toleran-

cia, respeto y exigencia. Fue una buena reunión. Al salir, noté que se me acercaba como buscando conversar:

— ¡Hola! Me llamo Silvia. ¿Qué tal te pareció la señorita Ana?

— ¡Hola! Bien, creo que tiene vocación y es organizada. De todas formas, ya vamos a ver.

—Sí, claro. En el camino iremos viendo. Yo tengo que aprender, Mariano es mi primer hijo.

—El mío también. Entonces vamos a aprender juntas.

—Te miraba porque creo que sos vecina de mi suegra –me dijo.

—Sí, Mariano ha jugado en la vereda con el mío algunas veces, no muchas, pues casi no lo dejo salir. Tengo miedo de que le pase algo en la vereda –me escuché decir.

— ¡Qué le va a pasar! Mi suegra está siempre pendiente. Tu hijo se llama Hernán ¿no?

—Sí.

— ¿Cómo lo vas a traer al jardín?

—En el auto, cuando me lo deja mi marido, si no, a pie, no es tan lejos.

— ¿Querés meterte en un pull que estoy armando? Yo soy psicóloga y no tengo todos los días para ir a buscarlo. Estuve hablando con unas conocidas que tienen hijos en otras salitas y nos falta una mamá para completar los cinco días. Si te organizás con tu marido te podemos meter en el grupo, ¿qué te parece? –me dijo.

—Bueno, dale, te llamo.

Te cuento que me dio su teléfono y así empezó nuestra relación. En realidad no nos veíamos mucho, solo cuando iba a buscar al nene a lo de la suegra. Apenas nos quedábamos un ratito charlando. Siempre alguna de las dos estaba apurada. De pronto, un día pensé que era la persona que estaba buscando. No me animaba a decírselo porque era como distante, pero cercana a la vez.

Y al fin lo hice, después de dejar a los chicos en el jardín la llamé por teléfono:

— ¡Hola! Silvia, ¿sos vos?

— Sí, ¿cómo andás? ¿Pasa algo? –me reconoció la voz.

— Los chicos bien, los dejé recién en el jardín, no te preocupes. Es a mí a la que hace muchos años que me pasa algo. Necesito hablarlo.

— Venite ahora a casa y charlamos, tengo una hora libre –contestó enseguida.

Vivía a unas cuadras de casa y decidí ir caminando. Necesitaba ordenarme. ¿Cómo empezar? ¿Qué decir? No encontraba el comienzo. Todos eran posibles comienzos, pero cómo seguir... me iba enredando... buscaba palabras tibias para una realidad cruel, despiadada... me iba encerrando con eufemismos... Sin darme cuenta, ya estaba dando vuelta la esquina y me encontraba frente a su casa. Toqué el timbre y enseguida la vi en la puerta, sonriendo. Entramos. Me invitó a sentarme, me miró con dulzura y me dijo: “Te escucho”.

Y entonces, todos los pensamientos fueron desenredándose en palabras sin retorno y sin dirección. Y hablaba... hablaba... hablaba y por momentos también lloraba... Todo el pasado se venía encima transformado en palabras y llanto. ¡Qué necesidad de hablar! ¡Qué necesidad de ser escuchada al fin! Y lloraba... lloraba... De pronto, pude mirarla y, volviendo al presente, pude ver su cara de horror atravesando mis palabras. Sus ojos también estaban llenos de lágrimas y solo me miraba. Me detuve. Se produjo un silencio extraño. Entonces ella habló:

— No voy a poder ayudarte en análisis. Yo estuve presa.

Una familia en “Castilla”

En estos campos de la tierra mía, /
y extranjero en los campos de mi tierra, /
yo tuve patria donde corre el Duero/
por entre grises peñas, /
y fantasmas de grises encinares, /
allá en Castilla, mística y guerrera, /
Castilla la gentil, humilde y brava, /
Castilla del desdén y de la fuerza...

Campos de Castilla. ANTONIO MACHADO

Ese verano estrenabas tu malla roja. Todos pensaron que era para impresionar a Fabiana. Ella no necesitaba la malla para que la impresionaras. Habías llegado al metro ochenta y dos superando a toda la familia. Pero nos superaste también con tu personalidad: parecías dueño de una paz interior, del equilibrio en la palabra, de la bondad sin reproches, no te salía ni la agresión, ni la violencia. Muchas veces te envidié esa tranquilidad, y, por el otro lado, tus respuestas irónicas, inteligentes. Luego venía la risa como borrando cualquier ofensa no prevista por la palabra. Tu sonrisa te iluminaba la cara achinándote los ojos. Te los achicaba la risa y parecían brillar de alegría. También te diferenciaste por el color de la piel, ese color canela que contrastaba con nuestro color blanco leche. Hasta en eso te parecías a mamá. La cosa es que te quedaba hermosa la malla roja y la lucías en la piletta del sindicato cuando estábamos en Giardino. ¿Te acordás de las tardes que pasábamos en esa piletta? ¿Y del enorme trampolín? Las mujeres nos tirábamos de los más bajos que estaban al costado, de *cagonas* nomás. Pero los varones, se lucían en el del centro, desde arriba, mostrando los cuerpos atléticos y haciendo mortales y doble mortales. Tengo que reconocer que ustedes, vos y Bernardo, tenían mucha pin-

ta y las chicas los miraban. Mis primos no se quedaban atrás, pero eran más chicos. En realidad, no nos importaba la gente, nos era indiferente. Estábamos juntos y lo disfrutábamos. Risas y gritos:

— ¡Salgan del agua! ¡Vengan que hay mate con rosquitas! —decía la tía.

—El que llega último lava los platos esta noche... —amenazaba alguna de las chicas riéndose.

Y entonces a alguno de los varones se le ocurría: “¿Jugamos una partidita de dados? ¿O prefieren un ‘enano’?”. Lanzar la pregunta y colocar una lona en el piso era casi una sola cosa. Y comenzaba el revuelo para acomodarse en los lugares y organizar los turnos de juego.

Al atardecer, ya volvíamos a “Castilla”, la casa que el abuelo Pedro había comprado en los años cuarenta. El paisaje serrano le recordaba a su Castilla natal y eligió ese lugar para sus vacaciones. Tal vez eras chiquitito y no te acuerdes, pero se la pasaba jugando con Bernardo en su cama de enfermo. Recuerdo, como si fuera hoy, su voz gritándome: “¡Brujita, no golpees la puerta!” Vos sabés bien que los abuelos fueron inmigrantes españoles y franceses que vinieron a “hacer la América”.

La tía nos contó que el apellido italiano, Rocca, venía del bisabuelo Domingo Rocca que nació en el sur de Italia. El abuelo Francisco ya era argentino. Por él te llamaron Hernán Francisco. La abuela Elisa, su mujer, llevaba su apellido francés heredado de Bernardo Suzanne, su padre, que lo había traído junto con sus recuerdos de una casa dejada en el sur de Francia. Tal vez por eso siempre me gustó el francés y estudié su lengua como intentando rescatar del olvido, un idioma que llevábamos en la piel y que el barco de inmigrantes había dejado anclado en el puerto de Buenos Aires. No sé si llegaste a enterarte de todo esto. Del lado materno, la historia es más clara, ¿no te parece? El abuelo Pedro había venido de Castilla en 1909. En un bolsito traía todas sus ilusiones. La guerra contra “los moros” y la pobreza, lo determinó para venir a la Argentina. Había nacido en 1898, es decir que tenía veinte años cuando viajó. Venía con su tercer grado a cuestas.

Después fueron viniendo sus hermanos. En Castilla no había futuro. La pobreza, junto a la vaca que vivía debajo de la casa, era la única compañera que dejaba poco margen para sobrevivir con solo un puñado de tierra. Coraje e intrepidez le sobraban, la inteligencia y el trabajo hicieron el resto.

Cuando los abuelos murieron, seguimos yendo a “Castilla” y ese enero las tres hermanas decidieron pasar las vacaciones con todos sus hijos. No lo imaginarías, aunque tal vez lo entiendas. Después de ese verano en Córdoba, tuvieron que pasar muchos años antes de volver al chalet “Castilla”. Es que en realidad, nunca más volvimos para estar todos los primos juntos como en aquel verano. Se había producido un vacío, un vacío de vos. Sabíamos que no podríamos repetir los momentos vividos. Quizás fue el temor de no poder regresar a ese abrazo de familia o, no sé..., tal vez miedo de sentir tu ausencia, siempre presente. Por lo menos así lo pensé yo. La casa era el símbolo de la unión familiar, de las risas compartidas, de los mejores momentos de la infancia que la historia había truncado. La casa de Córdoba nos había visto crecer como crecía el tilo que el abuelo había plantado.

Tus veranos infantiles repetían la ida a Córdoba, al calor de esta casa que nos reunía. ¿Te acordás cuando éramos chicos y la abuela nos mojaba con la manguera mientras regaba las plantas? Nosotros la desafiábamos intentando que el chorro no nos alcanzara, pero luego nos acercábamos provocativamente para seguir el juego: *Lalalala, lalalala...* ¿Te acordás cuando venían los primos López? Caminar todos hasta *el Molino*, bañarnos en el río, disfrazarnos para carnaval y hacer una murga callejera... Esa casa encierra una nostalgia fuerte. Tiene olor a madre, a rosquitas, a tomillo...

En aquel enero del 75 el almuerzo fue un caos organizado. Seguro que te acordás... Unos comían en dos mesas adentro, otros en el porche. Aunque la comida era siempre más que suficiente, no faltaba el tomillo después del almuerzo.

—Levante la mano quién quiere tomillo –decía la tía.

Y salía perdiendo, la pobre, porque todos querían, nos parecía exquisito. A vos también te encantaba el tomillo. Organizabas grupos de recolectores cuando la tía indicaba que la mercadería estaba en falta. Entonces salía un *grupete*, volviendo luego con una bolsa llena del aroma de las sierras.

¿Y si el día venía nublado? No importaba: “¿Jugamos al croquet?”. Prendas para los perdedores y para los ganadores. La otra posibilidad de no sucumbir al día nublado, era sacar el “bolibote” que era una enorme pelota de goma para saltar. Nos subíamos y nos sujetábamos de dos cuernos que tenía en el extremo. Sacar la pelota gigante y ponernos en dos hileras era toda una sola acción. Uno se subía y tenía que ir saltando por adentro de la hilera humana que la pateaba hasta hacer caer al jinete: “¡Los boludos se caen primero!”. Prenda para el que no lograba sostenerse. Mientras tanto, las rosas del jardín de la abuela sufrían ante tanta energía. Pero las madres se reían al vernos felices.

— ¡Hoy hay campeonato de ping pong! –desafiaban los varones.

— ¡Las mujeres también jugamos! –saltaba el sector femenino.

También venían los amigos tucumanos *de enfrente* y se sumaban a la partida. El problema era que los que tenían mejores condiciones querían jugar juntos. Vos eras uno de los ellos, pero siempre primero la invitabas a Fabiana... El amor parecía ser más fuerte que el espíritu competitivo. ¿Y cómo se resolvían las disputas? Las madres intervenían y sorteaban las parejas. Estar juntos era resolver los conflictos lo mejor posible. Por supuesto que no todo era perfecto... ¿Te acordás cuando te peleaste con Bernardo? Se agarraron a las trompadas y nadie supo por qué. Se lo guardaron como un secreto. Ustedes tenían sus secretos... Fue un momento tenso. Pero al otro día, como si nada.

¿Y el enojo de Eduardo cuando me hizo una escena de celos por las minifaldas que llevaba puestas? Después, las mujeres de la familia se veían en la obligación de debatir sobre el tema: consejos para una mujer con marido celoso. Todas opinaban y yo lloraba. Hasta que

Eduardo se apareció en la ventana, tocando con la guitarra la canción que yo había escrito para él: *En el silencio profundo / donde mueren las palabras / con las manos enlazadas / va creciendo el amor / en nuestras almas...* Al otro día, como si nada.

Y volvían los chistes y las risas. Los cantos con letra adaptada a la ocasión, eran un “divertimento” siempre presente. Un grupo cantaba: *Merequetunge tungue tungue...* Y en esta inmensa familia / son todos unos lieros / es por eso que “Castilla” / se parece a un gallinero / *Merequetunge...* *Merequetunge...* Entonces otro, en el que estabas con Bernardo y los primos, retrucaba: ...*Digan, cuenten lo que quieran / estamos agradecidos / pero tengan muy en cuenta / siempre estaremos unidos...* Lo que se decía en las letras siempre tenía relación con algo de la realidad, exagerándola, por supuesto, pero siempre el barullo y la broma.

Por las noches, largas charlas, cartas o guitarreada. Las cartas las monopolizaban generalmente las madres con las amigas tucumanas. Y nosotros organizábamos competencias de canto en grupo. Y volvía, claro, a aparecer el problema de la habilidad. Como era una competencia, todos querían estar con los que mejor cantaban o tocaban la guitarra. En general, todos lo hacíamos bastante bien, considerando que no estábamos en el Festival de Cosquín. Pero había tres que no pegaban una. Como se iban quedando solos formaron el trío “Los honguitos”. No pegaban ni una nota. Y otra vez las madres para decidir el resultado de la competencia. Siempre había un grupo ganador, pero a “Los honguitos” les tocaba, sin remedio, el premio consuelo: “Caraduras del 75”. Vos también tocabas la guitarra, te gustaba cantar. Tenías una voz linda y tocabas temas lentos. Eras un romántico.

¿Te acordás qué lío la *repartija* de lugares y camas cuando llegamos? No nos daban las cuentas. Vos organizaste el garaje: eran cinco varones, cinco catres. No era lo más adecuado para dormitorio, pues ahí iban a parar los deshechos, una mesa de ping pong, maderas y pinturas viejas. Sin embargo, a ustedes les pareció muy bien dormir juntos y decían riéndose: “¡Cómo nos cagaron!”. Dieciocho personas ubicadas para pasar las noches. Había que resolver el tema “comida”.

Entonces la conseguimos a la señora Cora que venía de afuera y nos dejaba algo para la cena. ¿Te acordás del reglamento que hicimos para los comidas? De la puerta de la cocina colgaba un detallado instructivo y un democrático cronograma que había sido discutido a muerte. Un grupo ponía y sacaba la mesa y otro lavaba y secaba. Se tomaban serias medidas contra los incumplimientos. Estaban también los que se hacían los disimulados para no abordar con responsabilidad el trabajo y en seguida llegaba “La ley y el orden”: “Ponete las pilas, no te hagas el que no sabés que hoy te toca a vos”. Supervisores sobraban. El deber ante todo, herencia familiar.

La casa estaba en una loma con calle de tierra y pedregullo. Autos, casi no pasaban. Con nuestras voces rompíamos la soledad y el silencio del paisaje. Alguien había llevado una red de vóley y una pelota. Y ahí nomás armábamos un partido en la calle porque era la única parte del terreno que no tenía la inclinación de la loma. El parque era una enorme bajada de pasto verde que no servía para el deporte en cuestión. Cuando nos aburríamos de jugar entre nosotros, nos metíamos en el Hotel de Luz y Fuerza. “¡Hay equipo!”, decíamos como si estuviéramos hospedados. Si alguien nos preguntaba algo, ya habíamos pensado cómo zafar: “Habitación 512 y 513”.

¡Qué lindo sería poder volver el tiempo atrás! La nostalgia se me mete en la piel. Pero no podemos retroceder. ¿Podría un ser humano volver al útero materno? El tiempo no puede curvarse hasta conseguir un círculo en el cual poder movernos hacia atrás o hacia adelante según se nos ocurra. El tiempo avanza. Solo el recuerdo logra regresarlo. Pero es un recuerdo transgresor, nunca será fiel al momento auténtico. Intentamos muchas veces burdas imitaciones de alguna situación feliz del pasado, podrá ser mejor o peor, pero será diferente. Los momentos vividos siempre son únicos.

La casa nos abrazaba como lo hacían las madres. La felicidad se llamaba “Castilla”. Dos meses después, se nos dio vuelta la vida. Las risas quedaron flotando en el aire de las sierras. Tu ausencia silenció las charlas y los cantos. Enlutó la alegría de estar juntos y el llanto dejó surcos en nuestras almas.

El álbum de fotos

...Nunca caigas de mi boca con palabras deshonradas
del olvido y del espanto y la luz desanimada
Ya saldrá nuestro idioma sus dos deudas con la historia:
pedir perdón tras los mares y aquí guardar la memoria...

Hispano. JORGE FANDERMOLE

Un día me llamó mamá, no sé cuándo fue, pero había estado mirando las fotos de tu álbum y había decidido repartirlas entre los tres hermanos, ella se iba a quedar con algunas. A la tardecita me fui a su casa y ahí la encontré con tres sobres llenos de fotos. Cada sobre llevaba un nombre:

— ¿Te acordás que Hernán me echaba en cara que su álbum tenía casi todas las fotos sin pegar y que el de ustedes estaba ordenado, con las fechas? Pobre Hernancito, tenía razón, como era el tercero ya no me quedaba tiempo... —me dijo.

—Me acuerdo perfecto. Un día se sentó en el comedor y se puso a pegar sus fotos, ponerles fechas, protestando con una sonrisa y diciendo: “Claro, como a mí no me quieren, tengo que completarlo yo...”

—Sí, es verdad —comentó mamá sin remordimiento, pero con ternura—. ¿Querés que las miremos ahora?

—Dale.

...Y apareció tu foto de recién nacido: 19 de junio de 1953. Vos dentro de un moisés, creo que blanco, una almohadita bordada llena de volados y un bebito con jopo y babero con un prendedor con tu nombre. A pesar de que la fotografía era en blanco y negro, el tiempo

la había ido tiñendo de un amarillo pálido... Nos sonreías, parecías feliz de haber llegado al mundo... Es que muchos brazos te habían dado la bienvenida y para vos era suficiente ese poderoso alimento... Y entonces mamá se largaba a contar que Bernardo y yo ya habíamos nacido, pero que vos eras diferente. Decía que nosotros dos berreábamos como marranos y que no supo lo que era dormir de noche durante dos años enteros. Puro llanto también de día. Y luego siguió contándome que en cambio vos eras muy tranquilo, casi un bebé de juguete. También tus comidas te diferenciaron. Tomaste primero la teta como si lo hubieras hecho en la panza y después jamás escupiste las papillas, nunca hubo protestas ni rezongos, tanto que en un año eras un bebote gordo y feliz.

—Mirá, acá ya tenía un año. Fijate lo sonriente que era.

Sí, estabas en la Plaza San Martín con mamá. En el fondo se ve el invierno dejándote crecer. Mamá, agachada, te tenía de los brazos intentando tus primeros pasos inseguros. Bombachones inmensos y camisas bordadas a mano.

—Mirá, acá es cuando Hernán cumplió dos años. No me puedo olvidar porque tres días antes fue el bombardeo...

Y me cuenta que algunas pocas palabras formaban tu repertorio mientras el país comenzaba a pronunciar otras más temidas: *Golpe... golpe... golpe*. Mamá se acordaba de lo impresionadas que estaban con la abuela cuando bombardearon la Plaza de Mayo y la Casa de Gobierno.

—En esta Hernán cumple sus tres años.

No imaginabas que tu vida estaría signada por todos esos hechos que sufría nuestra gente. Tus cuatro años palpaban solo tu pequeño mundo, el mundo del Jardín y los juegos, las salidas al campo donde mamá era poderosa: compartíamos su sonrisa, el mate de leche ca-

liente, el baño en la palangana después de un día de barro y caballos, un pacto de buñuelos cada tarde...

—Acá hay una foto que me encanta —dijo mamá.

—Dejame ver..., ya sé..., había nacido Virginia. Esa soy yo que me había cortado una parte del flequillo y se me habían caído los dientes —comenté.

—Y sentado en el sillón de la abuela está Hernán con cara de protector teniendo a la beba.

—Estas fotos son en Córdoba...

En verano había que ir a Villa Giardino. "Castilla" era nuestra segunda casa. Ahí se vivía con todo. ¿Te acordás? Recorrer los caminos explorando los terrenos cercanos a la casa; recoger el tomillo florecido para el té de después del almuerzo; ponernos cuerpo a tierra para ver los imaginados fantasmas en una casa vacía; ir al río y bañarnos en calzones porque a veces no teníamos mallas o se nos rompían de tanto raspar las piedras. Vivíamos de sol a sol gastando la libertad de la infancia y llenando de risas la sierra cordobesa.

Cuando volvíamos a La Plata, las tardes calurosas las llenábamos patinando en el patio colmado de agua a baldazos. La vida era un festival de agua. Por las noches, mamá también nos dejaba ver en televisión *El fantasma de la ópera* de Narciso Ibáñez Menta que era un ser extraño y temible para la mente infantil, pero había que enfrentar el miedo. Los domingos corríamos por el Jardín Zoológico con los López, que, siendo primos, éramos como hermanos, felices. Y las madres también se parecían, aunque eran cuñadas. Madres sin miedo permiten a sus hijos ser libres y seguros. Los dejan crecer.

—Creo que acá Hernán tenía como siete años, le encantaba vestirse de cowboy —comentó mamá.

—Me impresiona un poco esa foto. Fijate cómo le gustaba usar sombrero y apuntar con el revólver. Pone cara de corajudo y parece desafiarse a la cámara.

Mientras mirábamos, yo pensaba, pero no se lo dije a mamá. Muchos años después, catorce, creo, ibas a enfrentarte con una foto al revés. Ellos te iban a apuntar y no con armas de juguete.

—Esta foto está genial. Vos siempre oportuna con tus fotos, mamá —dije.

—No sé, se les había dado por disfrazarse y habían vestido con porquerías a Virginia y a los primos que eran más chiquitos —contesta mamá.

—Nos habíamos puesto unos anteojos viejos sin vidrios ¡Qué graciosos! ¡Me encanta! —comenté sonriendo.

Los primos tenían la edad de mi hermanita, eran más chicos y nosotros los tratábamos como si fueran muñecos, ¿te acordás? Venía carnaval y había que disfrazarse. Seguro que era un domingo porque las hermanas se juntaban con sus hijos. Y nosotros en seguida buscábamos ropa vieja o se la pedíamos a mamá..., ella concedía. Algún sombrero viejo, alguna cartera pasada de moda, esos lentes sin usar que siempre se rescataban de algún cajón, un poco de pintura en los cachetes o labios y así se producía la magia de ser grandes..., entonces “click”, la foto que atrapaba un momento de vida como los bichitos de luz dentro de un farol.

—Acá hay otra en lo del tío Negro. ¿Te acordás lo contento que estaba cuando ganó Illia?

—No, no me acuerdo, yo era muy chica todavía...

—Sí, pero no duró mucho, después vino Onganía con sus tanques.

Golpe... golpe... golpe. El 66 nos encontraría viendo las noticias por televisión. Habíamos dejado la radio solo para las noches de la abuela. Aparecía en el noticiero Onganía con sus tanques y cañones entrando

victoriosos y recordándonos la imagen de los americanos triunfantes al final de la Segunda Guerra. La ficción y la realidad se mezclaban en nuestra mente infantil. Veíamos *Combate* por televisión, ¿te acordás...? y en los juegos construíamos la guerra que mirábamos en la tele como para exorcizarla y el juego funcionaba como un conjuro. Bernardo, vos y los vecinos iban al frente y combatían con heroísmo dejándome a mí expectante en un zaguán y llena de algodón (significativo elemento de curación), ya que era la única enfermera de una guerra donde no había heridos. Sumamente aburrido porque lo más divertido era ir a la lucha. Un día los chicos me echaron y vos no me defendiste. No lo podía creer. Alta traición. Fui corriendo con mamá: “Mamá, no voy a jugar más con los varones” le dije. “Me parece muy bien, ya estás bastante grande para jugar con ellos” respondió. Y entonces con cierta tristeza y bronca confesé: “Es que son ellos los que no quieren jugar más conmigo”.

—Mirá esta foto de Hernán disfrazado de *beatle* –señalé yo.

Era un grupo de la escuela festejando no sé qué –contestó mamá.

—Es que Los Beatles habían entrado con todo en esa época, yo me acuerdo.

—Pero también el folclore, mirá esta foto con Juan Carlos que en ese entonces se ganaba unos pesos enseñándoles a tocar la guitarra. ¡Qué oído tenía ese muchacho! –dijo mami.

— ¡Y paciencia, pobre! Tenía que enseñarles a tres adolescentes sin demasiadas condiciones musicales.

—Era buenísimo, pensar que después se hizo famoso con Opus Cuatro y después fue el arreglador de Susana Rinaldi... ¡Qué suerte que *pudo triunfar* con lo que le gustaba! –comentó mamá.

—Esta foto debe ser un primer día de clases con los guardapolvos almidonados y peinados como con gomina... Hernán haciendo payasadas...

—Mirá, esta es cuando recién empezaba el Colegio Nacional, tendría unos trece años, ¿no, mami? Creo que ya andaba con una noviecita...

—Ya empezaba con el rugby, me acuerdo, jugaban en el bosque porque no existía el club de Gonnet.

Desde chico te fuiste destacando en el juego, pero así como en el rugby, en casa siempre fuiste capitán. Es que se te daba por hacer bromas o desafiarnos para ver quién llegaba primero escaleras abajo. La cosa era reírse. ¿Te acordás las mañanas antes de ir a la escuela? Yo me levantaba temprano, me bañaba, desayunaba y los llamaba para que se levantaran. Como ustedes no confiaban en la obediencia al despertador, ya la consigna estaba pactada de antemano con un cartel a los pies de mi cama: “ARA, despertame con agua o sin agua. Firmado: BERNARDO O HERNÁN”. ¿Te acordás? Bernardo nunca reaccionaba al primer llamado, entonces yo cargaba un vaso de agua, se lo tiraba en la cara mientras dormía y salía corriendo para la calle oyendo sus gritos: “¡¡¡Boluda!!!! ¡Me empapaste!” Vos ni siquiera entrabas en escena, solo te levantabas riendo. Y mamá, desde su habitación decía: “Bernardo, ¡no le hables así a tu hermana!”.

Luego aparecieron tus fotos de los años 70 cuando ya tenías diecisiete años. Cursabas tu sexto y último año en el Colegio Nacional.

—Fijate, esta es una foto de la fiesta de egresados ¿te acordás...? Vos también fuiste –dijo mamá.

—Me acuerdo que Hernán se disfrazó del león de la Paramount y el rugido fue una especie de eructo fuertísimo. Después venían los sketches. Todos se reían, pero vos pusiste mala cara, mamá. No te pareció bien que eructara...

—Yo de eso no me acuerdo para nada, de los sketches sí, más o menos. Sé que fue divertido, lo hicieron en el auditorio del Colegio Nacional y estaban todos los alumnos.

En enero del 72 te fuiste a Brasil con un grupo del Nacional y ya todos estábamos en la facultad, menos Virginia, claro. Yo ya no le tiraba el vaso de agua a nadie. Cada uno hacía lo que tenía que hacer. Fue un alivio para mí ¿sabés? Ya no cargaba con el cumplimiento de la es-

colaridad del otro y tampoco con los insultos. Era cosa de hermanos. A pesar de las peleas y las discusiones, nos unía el amor, la mesa compartida de los domingos que era un ruido de gente hablando fuerte e intentando hacerse oír.

En febrero ya te esperaba tu ingreso en Medicina. Me acuerdo que estabas nervioso porque una íntima amiga de mamá era la profesora de Bioquímica, pero te fue *bien* a pesar de que era muy exigente. Todavía la recuerdo cuando decía: “A mí no me da lástima que los alumnos salgan mal, me dan lástima sus enfermos”. Igualmente, cuando llegó tu turno de rendir, le pidió a un compañero que te tomara, te había visto nacer, su ética no se lo permitía. Pero vos igual te fuiste con un nueve a casa, ¿te acordás?

—Acá hay varias fotos de las navidades en lo de la tía Beba.

—Lástima que no tenemos ninguna de las navidades en lo de la tía Leonie cuando éramos chicos...

—Es verdad, no tenemos...

—La tía tenía esa escalera por donde asomaba la mano de Papá Noel y salíamos corriendo cuando tocaba el timbre. Todos a buscar los regalos que había dejado...

—Estas otras que tenemos son de más grandes, ¿por qué no te fijás atrás de la foto? Yo siempre les ponía la fecha –decía mamá–. Íbamos todos los domingos al zoológico o al Parque Pereyra...

—Acá es en Navidad, en lo de tía Beba...

—La guitarra iba de mano en mano. Estas dicen *diciembre del 73*.

—En esta estamos con todos los primos... Y en esta otra, la familia Rocca en pose.

—Mirá acá como se lucen Bernardo y Hernán en un abrazo...

—Se miran cuando están cantando... ¿No ves una admiración mutua en las miradas? –dije yo.

—No sé, tal vez. Eran muy compinches. Lástima que no tengo más porque, ¿te acordás que había empezado a filmar?

Después de un rato, encontramos las fotos de mi casamiento. En una estás con tu pantalón gris y tu saco azul con corbata rojo oscuro. Estás hermoso. En las fotos puedo descubrir un mundo, una vida que parece no pertenecerme, pero allí estás, joven, lindo, delgado... y así te quedaste... y estamos también nosotros, todos jóvenes, lindos, delgados..., pero nosotros hemos cambiado en el ahora, hemos envejecido. No nos reconocerías, pero en esencia somos los mismos, te lo juro, el mismo *no me jodas*, el mismo *te quiero*, el mismo ¿cómo andás...? Me demoro en reconstruir todos los momentos... Me confundo las fechas... Me esfuerzo por recordar y sé que hay algo de cruel y de injusto en el olvido.

Y entonces vuelven las imágenes cuando mamá filmaba tus partidos de rugby mientras vos empezabas con tu diario deportivo. Te cuento que cuando lo encontramos, nos sorprendió. Una carpeta de esas escolares forrada con imágenes de alguna revista de la época... No imaginábamos que tuvieras tanta voluntad para pegar los recortes periodísticos desde el 68 y comentarlos. Es impresionante el registro de los detalles en el diario, nos conmovió tu relato de un equipo que avanza... nunca te mostrás como la estrella medio scrum, sino que se ve tu conciencia de grupo y la lucha por el objetivo. Después mamá nos dijo que vos le dictabas a Julia, tu noviecita de adolescente, cómo no te vas a acordar, si estabas *re-metido*. Nos llamó la atención la letra, no era la tuya... solo al final, en el 74 aparece. Se ve que ya se habían peleado. Ya estabas con Fabiana... Y te sobraron un montón de hojas... sin escribir... En el 74 ya cursabas tu segundo año de Medicina y comenzaba a despertar tu conciencia política. Es que el país, a pesar de que estábamos en democracia, se convulsionaba. Supe después que te interesaste en hacer algo... Ya comenzabas a leer sobre política. Esas lecturas iban formando un pensamiento distinto al que había en la familia. Pero los viejos eran así. Cada uno podía pensar como quería. Una casa con libertad de pensamiento, un país con libertades dudosas...

Con el mundo digital se ha ido perdiendo la costumbre del álbum de fotos... todavía algunos necesitamos el papel, es como palpamos

mejor la vida. Los álbumes de fotos reflejan los momentos más felices, nunca sacamos fotos de los tristes. Tal vez porque son los que se elige olvidar o reservar en el silencio. Las fotos restituyen la tarea ingrata de la memoria y también reparan lo no dicho, muestran lo oculto que la imagen mágicamente nos revela...

Amigos

Mis amigos son el alba, el cielo azul,
mis amigos son la fiesta de vivir.
Serpenteando en el camino comprendí
la magia, la libertad de compartir.
Ellos me regalan cada día,
todos los mares y las islas perdidas.
...Siempre están aunque no estén
...y me ofrecen su amistad con un café.
O los distingo siempre entre la multitud,
son ángeles, pirámides de luz.
...Ellos arrojan redes, tejen abrigos, alzan la poesía
contra el dolor del mundo cada día...

Ángeles de luz. CARLOS ANDREOLI

Me esfuerzo por volver al pasado... Siento cómo las imágenes van viajando sin prisa, pero con determinación, desde mi cabeza a mi brazo derecho; se meten como indecisas, fragmentadas, por entre mis dedos sorprendidos hasta caer como gotas transparentes en el teclado de la máquina. Y la vida se hace letra llenando la pantalla en un nuevo nacimiento y la letra se hace memoria, y la memoria se hace historia para nunca más morir.

La amistad es una relación muy difícil de definir y te sorprendería saber cómo he logrado conceptualizarla a través del recuerdo de tus amigos. Quería que los escucharas. El cariño de esa amistad sigue vigente, fue entrañable. Te va a gustar. Expresan con nobleza la fuerza que tienen los vínculos y cómo nos permiten hacer la vida más plena, porque es una vida que se comparte con el otro, dolor y alegría, acuerdos y disidencias, tan necesarias para seguir creciendo.

Te cuento que he charlado con ellos para rescatar tus momentos, esos que solo con ellos compartiste. Cuando recuerdan, les brilla la mirada, la sonrisa aparece lentamente, con una hermosa ternura varonil volviendo a la juventud.

Todavía escucho la voz de Víctor que me cuenta con lágrimas en los ojos (aunque te parezca mentira, después de treinta y nueve años):

...Todos los días lo tengo presente a Hernán, porque cuando ya no estaba, sentí como si me hubieran amputado una parte de mi cuerpo... Imposible decir lo que fue la pérdida. No era un amigo, era más que eso. Mirá que tengo otros y los quiero un montón, pero... ninguno fue lo mismo, un amigo no reemplaza a otro... Es por eso que, tal vez, siempre me acordaba de Martina y le llevaba flores para el Día de la Madre...

¿Sabés? Creo que pensó todo lo que mamá te extrañaba también, necesitó decirle con un ramo de flores que todavía estabas... Me impactó la sensibilidad, la vigencia del dolor, la conciencia de la pérdida irremplazable, la cruel impunidad que los dejó sin el amigo... Me recordó tantas historias que parecían no tener fin. Así supe que Víctor fue tu compañero desde el Nacional, y si bien empezó en Universitario, después se fue con vos a La Plata Rugby Club. Desde ese día siempre *tomaron la leche juntos* y no se separaron más.

Fue en el último año del secundario cuando se anotaron en La Gran Aventura de Nelly Raymond y Pipo Mansera. Era un programa cultural de canal 11. ¿Te acordás? Me contó que primero tenían que clasificar aprobando un proyecto en diferentes áreas. Vos participaste en deportes. Un día, con el impulso de llegar primero, te habías llevado por delante a una chica. Los apadrinaron Sábado, Teté Coustarot y Loedel. No sabés cómo se ríe cuando recuerda..., porque si bien habían ganado contra los chicos del Liceo Militar, renunciaron al premio pues no les habían gustado los manejos que tenía el programa.

Cuando terminaste el Colegio Nacional, supe que con un grupo se fueron a Brasil en enero del 72 y llegaron hasta Río... Siempre algún amigo me permite generosamente reconstruir tu vida, ¿te acordás?:

...Nos consolidamos como amigos en el último año a pesar de que yo jugaba en Los Tilos. Dieciséis del Nacional fuimos a Brasil juntos. Hicimos un vínculo muy estrecho. Hernán tenía la particularidad de estar siempre contento, era alegre, lindo... queda mal que lo diga siendo yo varón, pero era así, por eso tenía arrastre... además tocaba la guitarra y cantaba canciones de Pedro y Pablo, Violeta Parra, Roberto Carlos... Si bien no era demasiado encarador, era simpático.

Durante todo el 71 planificamos ese viaje a Brasil como viaje de fin de curso. Hernán era organizado, pero no estructurado..., discutíamos las posibilidades y los recorridos. Salimos el 2 de enero del 72 en aliscafo hasta Colonia y de allí a Montevideo, luego nos fuimos a Punta del Este, una semana en Santos y 15 días en Río. Hernán fue en el auto de no sé quién desde Colonia, creo que eran cuatro, el resto fuimos en ómnibus. Nos encontramos primero en Punta del Este, no nos daba el perfil para el lugar, poca plata. Nos alojamos en un hotel de cuarta, con decirte que a Hernán y a mí se nos rompió la cama... Cuando estábamos en Santos nos insolamos, me acuerdo que Hernán tuvo fiebre... Al llegar a Río alquilamos unos departamentos..., fuimos a ver la previa del carnaval..., la pasamos bárbaro. Nos divertíamos, pero el Nacional nos había dado también una visión crítica de la vida, sobre todo social no tanto política...

Y se fueron sumando las voces:

...Hernán tocaba la guitarra y tenía mucha pinta. Así atraíamos a las pibas, pero después él seguía cantando y noso-

tros nos rajábamos con las chicas. Eso fue un par de veces, porque después se calentó e hizo el planteo diciendo que no era justo. Vociferaba: “Yo, al fin y al cabo... soy el llamador y ustedes...”. Nos pareció lógico y le dijimos que íbamos a administrar la situación. Me acuerdo que se enfermó y se tuvo que quedar adentro. Entonces propuso invitar a cenar a las chicas, así podía también participar. Nos dijo que compráramos los ingredientes para una ensalada rusa. Como él no podía ir a la playa, se quedaría cocinando y después nosotros traeríamos a las pibas. Cuando volvimos había preparado una especie de ensalada rusa, pero para que quedara más rica, se le ocurrió tirarle todo el líquido de las arvejas, los palmitos, el choclo y el atún. Resultado: una sopa rusa. Fueron duras las críticas a su originalidad. Lo solucionamos. Cuando llegaron, ya habíamos tirado “las aguas” sobrantes y arreglado un poco su cocina creativa. Después nos invitaron a quedarnos para el Carnaval de Río, pero Hernán quiso volver con Julia, estaba enamorado... ...En la escuela teníamos un equipo de fútbol los sábados. Empezó en primer año y continuó hasta sexto. Hernán era el arquero. Julio jugaba con nosotros, era el goleador. Después se nos ocurrió organizar un campeonato de fútbol desde La Plata Rugby Club. Poco a poco se fue convirtiendo en el más importante de la zona. Jugaba Pochola Silva que era rugbier. Se sumaron también los que jugaban al fútbol profesional. Hernán trajo a Daniel Romeo y yo a Pachamé. También jugó Patricio Hernández. Imaginate el nivel... Juntábamos plata para la gira a Europa...

Me contaron que también viajaste al sur en enero del 74. ¿Te acordás? Fue un recorrido largo con Coqui, Félix y Enrique. Se fueron en una carpa llena de alegría y libros. Habías hecho en un cuaderno a rayas, varias listas de cosas para llevar en las que organizabas las res-

ponsabilidades de cada uno. Todavía ese cuaderno está en casa de mamá. A medida que el viaje se armaba, ibas tachando lo que ya se había cumplido: Coqui y vos tenían que hacer los trámites para la prórroga; Félix tenía que completar los trámites del auto, un permiso en la policía. Esto en cuanto a papeles. Necesitaban además una rueda de auxilio y bidones para nafta, pues los tramos más largos no tenían surtidores. Balizas y cuarta. Había que llevar lonas y sogas, bolsas de dormir. Comprar comida y llevar utensilios; alguna medicina; grabar cassettes de música (Pedro y Pablo, Serrat, Violeta Parra...) para consumo en largos aburridos kilómetros. Y, por supuesto, la guitarra, compañera infaltable de las noches carperas. "Libros buenos", dice en un apartado... Hiciste también el diario del viaje, no te voy a recordar todo porque es muy largo, pero, por ejemplo, comenzás así:

1 de enero. Con respecto al turismo es de destacar Sierra de la Ventana y alrededores. El lugar donde acampamos fue muy bueno, muy tranquilo. La Marucha durmió con un cagazo bárbaro. Él y Carlos nos ocuparon tres cuartos de la carpa. Hemos descubierto uno de los néctares más codiciados: Caña Legui caliente (quedamos doblados). En el aspecto sociológico es de señalar que el trato de la gente fue muy hostil. Vamos a tratar de hacer algo para que no siga así. El grupo, hasta ahora, funciona muy bien...

La historia se va reconstruyendo con los recuerdos, el pasado vuelve en cada comentario:

...Justo fue el momento del golpe de Pinochet y evaluamos si cruzar a Chile o no. Hicimos diez mil kilómetros. A esa altura ya teníamos barba y un aspecto no muy presentable. Éramos Enrique, Félix, Hernán y yo. Llevábamos libros para leer, los compartíamos y discutíamos: Puiggrós, Hernández Arregui, Cooke, Jauretche... Empezamos con

lecturas de izquierda, pero luego nos inclinamos más hacia la parte peronista. Cuando volvimos, empezamos la facultad, pero fue un año terrible, se cerró la Universidad durante seis meses. Encima, en Medicina, tercer año era un año clave, muy difícil con Patología y Farmacología. No pudimos terminar de cursarlas, pero nos dieron la posibilidad de rendirlas libre...

Seguiste atento a tus materias en la Carrera con buenas notas. Tengo en mis manos tu libreta de la Facultad y veo cómo fuiste cumpliendo con compromiso: un nueve en Bioquímica, Psicología Médica y Microbiología y Parasitología con siete... y vendría tu último examen en marzo del 75, un nueve corona el fin de tus estudios con Patología... no puedo dejar de observar cómo quedaron vacías las hojas de materias sin rendir...

Los momentos se amontonan cuando habla Víctor:

...en Medicina, la dupla éramos Hernán y yo. Luego estaban Talo y Bavio. Algunas materias las estudiábamos con Coqui. Ricardo estudiaba todo el año, nosotros acelerábamos al final. Hernán tenía amor propio, era tenaz, apasionado, siempre dedicado en lo que hacía. Ya en segundo año dábamos inyecciones. Empezamos practicando con unas naranjas. Teníamos la moto Gilerita de Hernán y una Puma. Con eso podíamos ir a domicilio. Pero la cosa se fue complicando e hicimos cuentas: entre la nafta que gastábamos, las roturas de jeringas y los riesgos personales, no ganábamos lo suficiente. Dejamos el laburo y seguimos estudiando...

A pesar de tus inquietudes sociales, el club seguía siendo el centro de tu vida junto con la Facultad. Un montón más compartieron esa etapa. No necesito nombrarlos porque vos sabés mejor que yo... En el 73 jugaste el primer partido en Primera División que el diario registró:

“entre los ágiles se ubicó el medio scrum Hernán Rocca y el centro-tres cuartos Larrain...”. Ese mismo año, en septiembre dieron la nota derrotando al CASI y a Pucará y en octubre La Plata Rugby se clasificó campeón derrotando a San Isidro Club en el Seven a side organizado por el club DAOM. El deporte fue parte importante de tu vida, así se ve en el diario que llevabas de los juegos... hasta el 75.

Mucho tiempo antes se había organizado la gira que el grupo de primera haría por Europa. Todos quisieron convencerte para que fueras, incluso mamá, pero no hubo caso, no quisiste ir... Sin embargo, en marzo del 75 tus amigos desde allá te recordaban y te escribieron. Seguro que te acordás de la carta:

Londres, 15/3/75

Compinche: le acabo de escribir a Bavio y voy a tratar de no repetir lo mismo. No me acuerdo el número de tu casa y por eso te la mando a lo del “pibe”. Ojalá hayan salido bien con “Pianola”, creo que sí.

Me hubiera gustado que estuvieras aquí, hay algunos que no soporto, pero a otros les tenía idea y resultaron unos tipos bárbaros. Ya me enteré que llevaste al “super sport” a lavar y a engrasar, muchas gracias.

Y “la Fabi” ¿cómo anda? Por ahí ya se casaron. Bueno, voy a tratar de comprarles un regalito. Me enteré que tenés un nuevo compinche que se llama “Tonin”.

Bueno, saludos a Flory decile que no le escribo más porque no contesta ni una carta. Saludala a Anahí y a toda la barra.

Talo

Compinche de mierda, espero que te entrenes mucho. Saludos a todos.

Martín

Pedazo de payaso: te extrañamos mucho por tus chistes tan oportunos, tu figura, tu variedad de gracias... No te agrandés, imbécil, sinceramente, estamos contentísimos de no tener que soportarte un minuto. Espero que vos y el "pibe" hayan aprobado la materia, aunque sé que las ausencias del "Talo" y mía deben haber mermado en mucho la capacidad de estudio de ese grupo. ¿Cómo andás con el pulgar? Fenómeno, espero. Mandale un beso en... a "la Fabi". El "galancito" causó destrozos en el Viejo Continente. En Escocia, mis primos Mc. Raight me hicieron una recepción y después volteé a todas las chicas con mis faros. Te dejo porque tengo que ir al partido Inglaterra vs. Escocia.

Un gran abrazo, espero verte pronto, te extraño.

Tu Zapato

PD: Saludos a tu familia y a los amigos.

Coqui engancha esta carta con su relato y me permite ir entrando los momentos:

...Durante la gira, nos fuimos enterando de lo que ocurría. Sabíamos que la Triple A estaba matando militantes... Tenés que pensar que los veintiún años es una edad en que perder un amigo es algo impensado, uno no ha perdido ni siquiera a sus padres. Formábamos un grupo muy unido, de un grado enorme de amistad y compañerismo... Era un momento en el que te hacían sentir culpable hasta de lo que pensabas. Llegabas a un punto en que no querías hablar con nadie por miedo a que te señalaran por verte con uno o con otro. Matar por pensar diferente, es una locura... Si bien hay gente que pensaba que lo buscaban a Bernardo, yo pienso que no, que lo buscaban a él. Hernán tomó decisiones por su cuenta. No era ningún boludo. Era una persona súper inteligente, con una personalidad muy fuerte... un tipo de una gran fuerza de voluntad..., divertido, alegre... Pongo el rugby como ejemplo porque en un

deporte uno termina mostrando lo que es... El deporte te obliga a ser responsable, dejar el individualismo por el grupo. Ahí se ve si sos leal, solidario, si sos compañero, si ponés todo por todos... o si sos un cagador que te acordás en las buenas y te borrás en las malas... en el juego te mostrás como sos. Hernán lo mostró. Era aguerrido, valiente. Dejó una impronta notable. Es el día de hoy que todo el mundo lo recuerda con mucho cariño. Todos pensamos en la injusticia que se cometió con él... Si le pasó a Hernán, le podía pasar a cualquiera. Yo tenía pánico. Después de su muerte me había conseguido un trabajo en la Unidad Sanitaria del Mercado. Entraba a las cuatro de la mañana. Esperaba el 20 parado en la esquina deseando que llegara el bondi, muerto de miedo, todos los días. Mi vieja me pedía que la llamara por teléfono en cuanto llegara al trabajo. También era difícil en el mercado, todo oscuro en la 520...

[...] Volviendo al viaje, estando de gira llegamos al aeropuerto de Roma y nos encontramos al presidente del Club. El tipo estaba deshecho y nos dijo: "Lo mataron a Hernán". Había comprado La Nación y ahí había salido la noticia. Me acuerdo que me senté solo en un lugar del avión y lloré desde que salimos hasta que llegamos.

Una foto en el diario congela en Ezeiza a los rugbiers de Primera División de La Plata Rugby Club 1975 volviendo de la gira. Bajaban del avión llorando.

Serías uno de los primeros de una larga lista de "elegidos". No fuiste el único en el club. Muchos te siguieron. Pero después fue peor, los secuestraban y nunca más aparecían los cuerpos. Algunos restos fueron encontrados, a otros, todavía los están buscando. No sé si te acordás de Rodolfo Axat, también fue al Nacional y estuvo jugando al rugby unos años antes. Te cuento que su hijo Julián creó, con gran talento poético, una jugada imaginaria de los desaparecidos del club

según fue descubriéndolos. Después te contaré. Ahora me gustaría compartirlo con vos porque quedan en el recuerdo como lo que fueron, grandes luchadores:

Los canarios románticos

El pack se hunde contra el viento / mientras
Luis Munitis hace el line y los forwards saltan / para contraer
la espalda del monstruo.

La Plata va... susurran el samurai Ballut y / Jorgito Moura
rompe / la entrada del batallón / para que ingrese la tercera
línea que / se mantiene oblicua desde la sensibilidad genética
de "pomelo" Vigo, fulgura la mirada de Quique Sierra / un tackle
que no llega a cortar el pase a Pablito Rivero, / cuando Hernán
Rocca abre el juego y el partido es ya, / sueña Alfreddito Reboredo,
/ entonces La Plata va... y los win forward Navajas y Mercader se
abren del Maul. Parece un empate clavado, / la noche se detiene
sin derrota y en el último minuto / Julio Álvarez se acerca al
ingoal / salta un cometa y ve a Fel Axat acechando. / Fel recibe la
ovalada... pero este apenas la toca cuando / el "Chueco" Sánchez
Viamonte viene bordenado la línea, corre en zigzag como un
conejo, /nadie ve esos pies, / veloz, / imparable, fuga hacia el
infinito / en un tendal de rosas que llega desde la platea, /deja
fatigadas a las últimas estrellas, ahora atrás, / mal paradas, y
apoya la ovalada debajo de los palos.

Fel y el Chueco se abrazan, ríen victoriosos, esperan a todos
que llegan / para abrazarse, / el tercer tiempo les abre las puertas
del cielo / para tomarlo / por asalto de try.

Julián Axat

(Este poema fue escrito en homenaje a los 17 desaparecidos de La Plata Rugby Club, más allá de cada militancia, pensado como si Dante Alighieri hubiera presenciado este match en el Purgatorio, segundos antes de que entren en la gloria)

Advertencia

...Todo está cargado en la memoria,
arma de la vida y de la historia.
La memoria apunta hasta matar
a los pueblos que la callan
y no la dejan volar
libre como el viento.

La memoria. LEÓN GIECO

En realidad, nadie imaginó lo que nos esperaba, lo que te esperaba. El destino te fue envolviendo..., te traicionó sin avisarte. Pero no te dejaron elegir el no poder contarlo después. Es por eso que quiero hacerlo por vos. Es una deuda aplazada por tantos años de silencio... Vamos callando aquello que dio vuelta nuestra vida. Y sin querer, o tal vez, queriéndolo, nuestros hijos heredan esa historia, pero también la callan para que no nos duela, entienden la importancia de la ausencia, pero para ellos es lo narrado, no lo vivido. Intentan comprender..., pero no está dentro de su historia.

A mí me preocupaba Bernardo, ¿sabés? Me da no sé qué decírtelo, pero es la verdad, no pensaba en que alguien te había marcado, no sabíamos por qué. Estaba pasando de todo. No habías dado ningún indicio de militancia. Jamás hablabas de política. Sin embargo, después supimos que querías un país mejor, que algo podías hacer...

En junio del 73 se concretó la vuelta de Perón. ¿Te acordás? El día 19, justo el de tu cumpleaños, la juventud y todos los simpatizantes se empezaron a preparar para recibirlo en Ezeiza. Sé que estuviste. Sé que el grupo de La Plata era numeroso y se ubicó cerca del escenario montado. Sé que empezaron a sentir los primeros impactos de balas que venían del palco: ametralladoras, pistolas automáticas, ca-

rabinas... Hubo un desbande general, muchos se quedaron heridos o muertos..., vos volviste a casa, pero mantuviste el silencio.

En el verano del 74, te habías ido a Ushuaia con tus amigos. Después de ese viaje, con uno de ellos, habían comenzado a sentir la necesidad de actuar. Sentían que no podían quedarse con los brazos cruzados. Entonces vos le dijiste a Coqui que tenían que seguir el camino del peronismo porque el pueblo era peronista. Pensaron en ir a la Unidad Básica de la calle 45 a preguntar. Casi todo me lo contaron:

...Era un momento muy feo, una cosa era el 70, 71, 72, con algunas movidas universitarias. La policía sacaba a los estudiantes, a lo sumo se llevaban a alguno un día preso, como pasó históricamente con la Reforma Universitaria, nadie pensó en la violencia que se venía. Y así fue que en el 74 decidimos empezar a empaparnos en el tema. Comenzamos un curso los sábados. Se llamaba "Realidad nacional" y nos involucramos con la Juventud Universitaria Peronista. Estaba pensado como una estructura de reclutamiento. Nos invitaron a un grupo de discusión. Para ese momento todo era ya un caos. Perón estaba muy enfermo. Estuvimos pintando carteles, discutíamos... Creo que Hernán fue a dar inyecciones a una villa..., no teníamos idea que esta pequeña militancia podía registrarse. Yo hice "click" en dos situaciones en la Facultad, no me gustaron. Me parecieron violentas. Fuimos a una asamblea y nos dijeron: "Hay que encarar a estos tipos". Me pareció una barbaridad. Yo no pensaba ir. Solo quería trabajar por una sociedad más justa. Jamás pegarle a alguien. Pero le advertí a Hernán: "Esto no me gusta". En ese sentido él era un poco más corajudo, igualmente estoy seguro que no participó en ningún acto de violencia...

El 1 de mayo del 74 Perón convocó, como lo hacía siempre, a la Plaza... ¿Te acordás? Fue el abucheo de la masa de los jóvenes, los

insultos a Isabelita y otros cantos que indignaron a Perón. Se había producido un quiebre entre la juventud peronista y su líder. Ese día me acuerdo que yo estaba en el departamento de Diana. Vos no sé si te acordarás o si lo conté en casa. Preparábamos Literatura Inglesa. De pronto, la casa comenzó a llenarse de chicos y chicas que iban al dormitorio a escuchar en la tele el discurso de la Plaza. Me invitó también a verlo. Cuando Perón les dijo: "...estúpidos, imberbes", los chicos que estaban allí empezaron a tirar bronca contra Perón. Diana me tomó de la mano y me dijo: "Vamos, dejemos que discutan solos y nosotras seguimos estudiando". Cuando volvimos al escritorito me contó: "Mi marido milita en un movimiento peronista con estos chicos...". No le contesté porque tampoco sabía qué decirle... y seguimos estudiando. Unos años más tarde (vos ya no estabas), moriría cubriendo a su hijita en un enfrentamiento con las fuerzas de Camps en la imprenta que tenía Montoneros en su casa. Desde entonces, la beba, Clara, nunca fue recuperada. Hay indicios de que fue sacada viva por las llamadas "Fuerzas Conjuntas" que eran las fuerzas armadas actuando junto con las policiales. Su padre desapareció meses después, buscándola.

Vos sabías mejor que nadie que Bernardo militaba. Se había ido, pero luego volvió porque se habían abierto del grupo, ya no acordaban. La ciudad se oscurecía en enfrentamientos de sangre por las ideas. Fue entonces cuando volvieron a la casa de los viejos. No quisimos o no pudimos ver el peligro... Bernardo la tenía más clara, sé que te advirtió, ¿te acordás?: "Salite de esto, no te metas, los riesgos son más grandes de lo que imaginás, tené cuidado". Vos no sabías por qué ibas a tener cuidado, ¿o sí?

Las advertencias siguieron. Seguro que te enteraste, tal vez Bernardo te lo contó. Atardeciendo, yo cruzaba la Plaza San Martín. No había mucha luz, la gente salía del trabajo. La Plata se había convertido en una ciudad insegura. De regreso a casa iba transitando la calle 50 hacia 7 cuando siento que alguien me chista. Primero no hago caso. Luego, siento que me llaman por mi apellido "¡Rocca!" y me doy vuelta. Era un compañero de rugby de Bernardo que nada tenía que

ver conmigo. Ni sé cómo se llamaba. Para mi sorpresa se me acercó mientras yo lo miraba con desconcierto. Fue una charla rápida, envuelta en una especie de simulación. ¿De dónde venía tanta simpatía y familiaridad para conmigo? ¿Qué quería de mí? Después lo entendí. No pensé que él me podía conocer y menos tener algún interés en llamarme para conversar. En realidad, la supuesta charla se convirtió en advertencia. Lo comprendí cuando me dijo que quería mandarle un mensaje a Bernardo. Me dijo que él trabajaba en un lugar donde registraban la actividad militante y que por la amistad de tantos años, el recuerdo de tantas cosas compartidas en el deporte, se creía en el deber de avisarle que había tenido que tirar varios informes sobre su participación en el grupo, pero que no era el único que los recibía. Se estaba arriesgando. Yo temblaba y él me pedía que me riera. Sentí que, de pronto, también era parte de un espionaje secreto. Había que disimular “algo”. Me pidió que me fuera rápido y que no me olvidara de decirle a mi hermano que tuviera cuidado. Dos personas que habían jugado para el mismo equipo, ahora estaban en distintos bandos. El tiempo, los pensamientos, van limando lo que tenemos en común y creando diferencias irreconciliables. Pero siempre queda el recuerdo de una infancia compartida. Volví por la misma plaza. Y la plaza ya no era la misma. La oscuridad me penetraba. Llevaba un mensaje para transmitir: una enorme responsabilidad. Esta vez temblaba y ya no veía las sombras de los árboles, ni los rosales, solo sombras dentro de mí, presentimientos oscuros, miedo. Llegué a casa y estaba mamá. Al rato entró Bernardo y conversamos. Estaba tan impresionada que enseguida le conté lo que me había pasado. Él minimizó la importancia de ese encuentro, dijo que no pasaba nada y que él ya no militaba. Parecía una película de suspenso y mi hermano estaba metido en ella como personaje. También sentí bronca. Me pareció una vez más, que buscaba el límite, el riesgo, que no tenía miedo a nada y enfrentaba situaciones con convencimiento sin reparar en peligros, sin medir consecuencias. Todo esto lo supiste y mucho más...

...Y llegó la muerte de Perón el 1° de julio de 1974, había que ir al sepelio. Hubo una reunión en la Facultad para decidir la ida al velorio en Buenos Aires, pero pensamos que podía ocurrir algún enfrentamiento, pues ya había pasado en el momento en que regresó Perón a la Argentina. Después nos juntamos en una casa en 45 entre 5 y 6. Había que dejar un registro de los que iban, para tener una idea de si después volvían todos o no. Miré para arriba y vi una chica que yo conocía de la Facultad, tirada cuerpo a tierra como haciendo la defensa del lugar con una ametralladora. Para nosotros era un disparate, pleno centro, la veía todo el mundo. Se suspendió la salida por la lluvia hasta el otro día a las seis de la mañana. Yo dije “no”. Me abrí. Al otro día hablé con Hernán porque no pensaba participar más en el grupo. Él sí fue al funeral, bajo la lluvia y siguió. Tal vez por ese entonces conoció a Fabiana. Quizás en ese momento haya tenido un poco más de participación. Nos distanciamos un poco, sin pelearnos... Empezamos a organizar la gira a Europa con el club. Parecía que Hernán se enganchara. Se puso a vender rifas, pero “no estaba”, y entonces dijo que no, que no iba. Era un gran jugador. Jugábamos en primera, en ese entonces no era común. Sin embargo, a pesar de su futuro en el deporte, se negó a ir. La renuncia al viaje nos pareció rara, pero pensamos que era por Fabiana. Nos empezamos a ver un poco menos, se iba borrando de la gira... Un día me llamó y me invitó a tomar algo porque quería charlar. Me acuerdo que fuimos al Hotel San Marcos donde trabajaba un amigo. Y ahí me dijo que se había abierto. Era el verano del 75. Tal vez en febrero. Ustedes creo habían ido en enero a Córdoba con la familia. No sé si me lo dijo para que me tranquilizara. Igualmente me quedé con alguna duda. No sé si alguien le sugirió que lo hiciera para desvincularse de los que sabíamos que militaba.

Entonces le pedí que fuera a la gira con nosotros. Pero me dijo que no. Y después no lo vi más... Hernán no era un tipo que pasara desapercibido. Creo que fue señalado, creo que lo fueron a buscar por ser Hernán, porque sabían que andábamos en los grupos de militancia. Creo que fue una elección para advertir. Agarraron a una persona que no iba armada, ni se escondía. No era forma de buscar a un tipo pesado. Fueron con una pistola 22. Era un blanco fácil. Fue un operativo con intención desestabilizadora, "ejemplarizante" para el movimiento, para los del club que estaban militando en distintos grupos. Algunos decían que el club era un nido de guerrilleros. Una muerte iba a producir un impacto escarmentador...

Llegó el mes de marzo. La ola de violencia había desbordado todos los límites. Iban apareciendo muertos en todo el país, todos los días. El pueblo rechazaba la figura de "El brujo" con cantos alusivos: *López Rega y las tres A / la vergüenza nacional... Aplaudan, aplaudan. No dejen de aplaudir, que el brujo hijo de puta se tiene que morir...* Los cánticos no podían exorcizar la muerte, ojalá lo hubieran hecho...

Viernes Santo

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé! /
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos, /
la resaca de todo lo sufrido /
se empozara en el alma... ¡Yo no sé! /
Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras /
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte. /
Serán tal vez los potros de bárbaros Atilas; /
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Los Heraldos negros. CÉSAR VALLEJO

Febrero del 94. Más de veinte años. No nombrarte, ese era el tácito pacto familiar para que no nos dolieras. Pero, ¿hasta cuándo? Tenías que volver desde la palabra. Despertar de una pesadilla colectiva. La casa había quedado semivacía. Vos ya no estabas, Bernardo, Claudia y Anita se habían ido. Yo regresé a mi casa en Venado Tuerto. Papá era una sombra que se desvanecía en el campo. Solo mamá y Virginia en la casa. Unos años después, también ella se iría para España.

Todos nos fuimos de casa dejando atrás el dolor y a los viejos solos. Estábamos todavía sufriendo la dictadura. Había quedado la asignatura pendiente del regreso. Necesitábamos volver. Y entonces todos fuimos volviendo. Cada uno hizo su duelo como pudo. El regreso siguió el mismo orden que el alejamiento de la casa materna. Parecía un organizado plan familiar en busca de respuestas.

Bernardo había vuelto después de años en España y nos había invitado a su casa para un reencuentro familiar. Éramos los sobrevivientes. Nos habíamos sobrepuesto al dolor, a las noches y días negros de una democracia incendiada. Sobrevivimos a una dictadura

implacable que destruyó hogares enteros, secuestró, violó, torturó y mató a miles y miles. Pudimos ir superando las dudas, el espanto de no saber quién sería el siguiente, pero en los sobrevivientes quedó la culpa de seguir vivos.

La mañana entregaba generosamente el sol del verano. Se anunciaba calor. Era obligatoria la asistencia familiar en lo de Bernardo. Claro, ya sabíamos, solo los sobrevivientes. El regreso era casi una necesidad porque creo que todos habíamos huido del miedo y del dolor. Habíamos dejado el pasado atrás, un pasado repleto de dudas y temores que había desdibujado la felicidad de otro más lejano, el de los juegos, las burlas, las risas, las peleas porque sí, las preguntas al aire: “¿Por qué no lo convencí para que fuera a la gira?”, “¿Por qué no le presté el fitito? No lo hubieran confundido”, “¿Por qué no le advertí?”, “¿Por qué yo estoy vivo?”, “¿Por qué no...?”, “¿Por qué él?”.

Un domingo de febrero en casa de Bernardo. Habían vuelto las risas. Siempre vuelven, nos permiten continuar. El tiempo había borrado ese sentimiento culposos de vivir la alegría a pesar de que vos ya no estabas. Como siempre, un tema llevaba a otro. Se mezclaban las voces y las evocaciones con el “¿Te acordás?”. Pero era inevitable aislar el reencuentro de tu ausencia. Y tu ausencia se hizo presencia. El recuerdo estaba intacto, tan intacto como era virgen el dolor, y se hizo palabra. La memoria es una extraña función selectiva; se eligen o solo se pueden rememorar algunas cosas, o quizás, se quieren recordar unas y otras se pierden, se tergiversan, se invierten, se borronean, se convierten en fantasías o se roban del decir de otros. Empezábamos a deshilar el silencio, cada voz era una mirada distinta, cada uno era protagonista de tu historia que se iba armando como rompecabezas...

Tenía quince o dieciséis, tal vez, tendría que sacar la cuenta. Me quedé en casa con Bernardo y Claudia porque papá y mamá se habían ido a Pehuajó, no tenía que ir a la escuela porque era Semana Santa, ese día era viernes. Araceli no iba a venir de Venado porque tenía visitas. Íbamos a comer y Claudia me pidió que lo llamara a Hernán. Subí al dormitorio de atrás. Éramos ya tantos en casa que la “pieza de

servicio”, como le decíamos, al lado del lavadero, era la mejor para estar tranquilo y en paz lejos de los llantos de la bebita, las protestas de papá, las actividades diferentes de cada uno. Habré subido la escalera de atrás, a zancadas, como lo hacíamos siempre para hacer más rápido... Habré espiado a través de la puerta de su cuarto para no molestar, pero vi que no estaba, la cama todavía hecha, la habitación con su olor y su presencia ausente... ¿dónde estará?... ¿dónde se quedó?... podría haber avisado...

Hice fideos porque Martina se había ido al campo con Ebert durante la madrugada; me dejó como si yo tuviera idea de ser ama de casa, encima tenía que cuidar a Anita, por suerte ya se había dormido. Esa nena era una santa. Se comerían mis fideos como salieran... Le pedí a Virginia que lo despertara a Hernán. Subió por la escalera de atrás a zancadas, como lo hacían todos los Rocca... no tardó nada y ya estaba de vuelta: “¡No volví!” –dijo preocupada.

Las mujeres siempre hacen un drama de cualquier cosa. No hay por qué preocuparse..., seguro salió de joda para festejar el nueve que se sacó en Patología..., tal vez se quedó a dormir en lo de alguien..., les dije: “Vamos a comer y le guardamos algo para cuando vuelva...”

Los Rocca tenían costumbres que en mi casa no se veían... mirá que dejarle la llave a la vecina para que entrara cuando quisiera... Pero Gloria era una amiga, no entraba nunca, en realidad, la llave era para los Rocca que se olvidaban de llevarla... Ese día, sin embargo, entró hasta la cocina donde comíamos. Tenía la cara enrojecida y llena de espanto, las llaves le temblaban en las manos..., no sé si venía sola o con su hermana Paquita, no me acuerdo bien, pero sí lo que nos dijo: “Vinieron a casa para preguntar si vivía acá alguna persona con problemas cardíacos porque traía una mala noticia. Les pregunté qué había pasado y me dijeron que habían matado a Hernán Rocca”. Fui con Gloria hasta la puerta aprovechando que la nena dormía, pero antes le dije a Bernardo que se quedara en la cocina, era un cana el que estaba en la puerta, había que tomar precauciones. Cuando estaba llegando a la puerta, el tipo, de civil, ya estaba adentro. Le pregunté

qué pasaba, Virginia y Gloria me seguían atrás..., creo que en seguida me dijo: "Necesito hablar con alguna persona mayor, tengo que notificar de una defunción". Con angustia le contesté que la única persona mayor era yo..., tenía diecinueve años y una hija de siete meses..., me sentía muy mayor. Entonces él agregó delante de Virginia: "Lo acribillaron a balazos a Hernán Rocca"... no sé qué pasó después, no sé si se quedó o se fue... no me acuerdo qué hizo Gloria y su hermana Paquita, ella también estaba, ahora recuerdo... yo sé que entré corriendo a la cocina y vi a Virginia pateando las sillas, levantando la mesa con bronca... y eso..., y luego la vi subir corriendo las escaleras llorando... Miré a Bernardo que estaba parado con los ojos como de loco... "Son mentiras, me buscan a mí", dijo... y corrió también por la escalera de atrás...

Empecé a patear las sillas y a levantar la mesa con los platos, de bronca... y corrí, corrí, corrí hacia las escaleras llorando hasta mi cuarto. Me encerré y empecé a llorar... "Lo acribillaron a balazos... Lo acribillaron a balazos...". Esas palabras retumbaban en mi cabeza. No puedo olvidarme de esas palabras... de todo lo otro me olvidé..., sé que corrí a esconderme en la cama, me tapé... mi hermano no podía estar muerto pensaba. Tengo importantes lagunas, me angustia el tema. Han quedado recuerdos salpicados, solo el dolor, la impotencia...

Subí a la terraza por los departamentos de al lado. De la terraza me tiré al patio de unos vecinos... vi que tenían un póster del Che, entonces les dije que me estaba escapando de la policía... les pedí el teléfono y lo llamé a Guillermo... no estaba y esperé... esperé... Pero al fin pude localizarlo y entonces le dije lo que pasaba, que habían entrado a casa diciendo que lo habían matado a Hernán... que no era cierto, que seguro venían por mí. Tenía que escaparme del barrio y pensé que él me podía venir a buscar en su Volkswagen, me dijo que sí... ya voy... te busco en 57... Les agradecí a los chicos que me habían escondido, trepé por las columnas del patio y me subí a los techos. Siempre mirando para atrás, corría sobre los techos, salteaba alguna pared, sorteaba alguna diferencia entre las casas hasta llegar

a 57 y esperé los segundos eran horas... “qué disparate... mirá si lo van a matar a Hernán..., son mentiras, los hijos de puta me buscan a mí y usan cualquier excusa, la peor, la más cruel para que pises el palito, hijos de puta... ahí está Guillermo... voy a bajar por esa casa que es más baja...”. Bajé con cuidado para no matarme y logré apoyarme en el suelo. En un segundo estaba dentro del auto. Entonces le conté todo a Guillermo, atropellándome con las palabras... “Tomá por diecinueve... alejate del centro” le dije. Tomamos la diecinueve y de allí salimos por la treinta y dos hasta el Camino Centenario. Llegamos a City Bell y le dije que me dejara ahí, que iba a tomar el tren... Me senté en un asiento de uno de los vagones, disimulando mi angustia... y justo pasó Florencia, una amiga que conocía a la familia, me saludó con una sonrisa y se quedó como para charlar o viajar juntos a Buenos Aires... Otra vez disimulé, me hacía el boludo y no le di ni pelota. No quería hablar con nadie, y menos, comprometerla. Me fui a otro vagón diciéndole que no me sentía bien. Debe haber pensado que era raro. Un viaje larguísimo. Más tarde, ya en Buenos Aires, luego tomé un colectivo hasta Belgrano, me bajé en las Barrancas y llegué a lo de los tíos. En el camino me fui tranquilizando pues me daba cuenta que nadie me seguía, era una impresión que había tenido durante todo el trayecto. Espantosa. Y entré en la casa. La breve tranquilidad que había sentido se convirtió en intolerable dolor. Allí supe la verdad: Hernán, mi hermano, estaba muerto.

Quedamos solas con Virginia en la casa. Gloria tenía que reconocer el cuerpo, avisarle a los viejos de Bernardo, a los tíos... No me acuerdo qué pasó después, alguien avisó a la familia, alguien fue a reconocer el cuerpo, tal vez el tío Negro, no sé... alguien nos subió a un auto.

Íbamos atrás Claudia, Anita y yo. El silencio lastimaba. Creo que estábamos en estado de shock. Después vinieron los viejos a buscarnos a lo de mi tía Elsa. Mamá lloraba y yo no quería mirarla. No podía ver el dolor en su cara, era también mi dolor...

Los tíos me dejaron en una casa vacía. Era la casa de tía Celes, hermana de mi abuela que hacía poco había muerto. Estuve allí va-

rios días. Lloré, lloré, lloré... Claudia y yo habíamos militado, nos salíamos... pero, Hernán, ¿por qué? Sabía que Hernán estaba yendo con la JUP, tuve miedo y se lo advertí. Sabía que los militantes de base eran los más vulnerables... Y lloré, lloré, lloré... "¿Por qué vos?... No pude defenderte... No pude siquiera acompañarte... No pude ir a tu entierro... No pude verte por última vez..."

Tenía once años en ese entonces... la más chica de mis hermanos y la más chica de los primos. Nos habíamos divertido tanto ese verano en Córdoba. Y ahora esto que no entendía, dolía mucho... Papá y mamá nos contaron que lo habían matado a Hernán. ¿Quién podía matar a Hernán con lo bueno que era? Papá y mamá hablaban bajito, pero nosotros escuchábamos: "Hay que llevarle comida a Bernardo que está en lo de Celes, ahí ya no debe haber nada... hay que hablar con Juan para ver si lo puede sacar del país con su avioneta...". No entendía cuando decían que podía tener captura recomendada, "¿recomendada por quién? ¿qué es una captura?". Mis hermanos y yo llorábamos por Hernán... estábamos todos muy tristes... solo hablabamos de él, no teníamos ganas de jugar ni de ir a la escuela, pero igual nos llevaban... les contamos solo a los amigos más cercanos, porque papá y mamá decían que no había que contarle a nadie... era un secreto esconder a Bernardo, pero sí podíamos decir que estábamos tristes porque se había muerto nuestro primo... No había que decir cómo había muerto... solo un "no sé". Fue el "no sé" más difícil de mi vida, porque en realidad, lo sabía...

Era otoño, pero un otoño distinto. No podía ver los rojizos, ni los amarillos, ni las flores tardías del verano como me gustaba. Solo una cosa dentro de mí: me fui y no me despedí de Hernán. Los autos pasaban rápido por la avenida, el ruido era sordo y ajeno, todo era extraño y distinto. Me dejaron en los ventanales de Aeroparque mirando hacia adentro, ellos se quedarían esperando más adelante por si teníamos que salir de apuro. Juan iba a presentar mis papeles para sacarme del país en su avioneta. Pero estaba planteada la duda: "¿Tenés captura recomendada?" Yo qué sabía... No había matado a nadie y tenía que

fugarme como un asesino. Juan se acercó con una sonrisa al mostrador de las oficinas, lo saludaron con simpatía, todos lo conocían... Disimulaba su nerviosismo, pero sé que lo hacía por amistad. ¡Qué amigo! Presentó mis papeles al empleado de turno que revisaba con cuidado la información... nada les sorprendió, nada irregular... todo bien. Juan levantó los papeles con el permiso de traslado como seña de que podíamos salir desde allí hacia Montevideo sin peligro. No había captura recomendada. Juan se jugaba por la amistad con los tíos, otro más. Volé con él a Montevideo. La ciudad, prácticamente desconocida, me iba encerrando con sus grises y la indiferencia de la gente. Veía los bares, los autos, los olores también diferentes, nada de lo que tuviera memoria, nada que tuviera que ver con lo que me pasaba. La ciudad parecía envuelta en una neblina permanente. Me daba albergue una pensión oscura y vieja con paredes que mi cabeza golpeaba, golpeaba, golpeaba... pero lo que sentía se había instalado dentro, muy adentro, ni siquiera se aplacaba con el sueño. Días después mis padres llevarían por río a Anita y a Claudia. Montevideo acunó mi primer dolor en el exilio. Venezuela fue cubriendo heridas con la incesante búsqueda de trabajo. Y luego Madrid. Pero la lejanía no quitaría la angustia...

Solo el tiempo tiene el poder de ir dándole calma al sufrimiento. No lo podemos acelerar, tampoco detener a gusto. A veces quisiéramos borrar escenas de nuestra vida, saltarlas como si no hubieran ocurrido porque molestan, ¿sabés? Pero el tiempo es el dueño de nuestra vida. La intensidad de los sentimientos a veces parecen frenarlo, otras lo vuelven rápido como si giráramos en la montaña rusa... no lo podemos manejar. Es transgresor y tirano. Nos mide y nos prueba. ¿Y no podemos pedirle que vuelva hacia atrás? ¿Por qué no podemos corregir la vida como si hubiera sido un borrador?

Y llegó el Viernes Santo. El otoño intentaba imponer sus mañanas frescas. Fue el 28 de marzo de 1975. No creo que vos hayas registrado esa fecha. Pero para nosotros fue única. Justo eligieron un Viernes Santo. No teníamos teléfono en el campo, los celulares ni existían. Comunicarse era toda una hazaña. Había que esperar las cartas, te acor-

darás. El uso del teléfono estaba reservado para lo más necesario y las urgencias. Y tu noticia fue una urgencia.

La casa de campo en las afueras de Venado era una casa que el Colegio Agrotécnico reservaba para los encargados. Habíamos intentado darle un aire de hogar, el jardín empezaba a mostrar los resultados de mi esfuerzo manguendo plantas. Las flores del otoño mostraban con orgullo sus colores de despedida al verano. En el interior es muy común la siesta. Habían solo bastado unos pocos meses de provincia para que la costumbre de la siesta se aferrara en mí para siempre. Te cuento que ese viernes también me acosté un rato. Habían llegado de visita unos primos de Eduardo que venían de La Plata. Ellos también aprovecharon mi costumbre. Empezaba ya a dormitar cuando llegó el primo Aldo que vivía en Venado. No me extrañó. Siempre venía a casa. Trabajaban juntos como agrónomos. Me quedé en la cama mientras Eduardo lo atendía. Pero fue una conversación corta, en seguida entró para decirme que había llamado mi tía por teléfono. Nos íbamos a La Plata porque habías tenido un accidente en el auto. Pensé todo en una fracción de segundos: “¿Irnos a La Plata con lo que sale el viaje? ¿Justo ahora que tenemos visitas?, debe ser grave... ¿Qué accidente? ¿Qué le pasó a Hernán?”, le pregunté yo. “No sé, no sé”, decía Eduardo, y yo lo acosaba con preguntas: “Decime la verdad, qué te dijo Aldo”. Entonces endureció de repente sus facciones y me miró con los ojos abiertos de terror: “Dice que lo mataron a Hernán, llamó tu tía Elsa”. Creo que empecé a llorar, a gritar: “No, no puede ser, ¿cómo que lo mataron? ¿No será un error?”. Buscaba algún motivo para esta realidad monstruosa. Furioso e impotente Eduardo me dijo: “No sé nada, nos vamos a La Plata, agarrá cualquier cosa y nos vamos”. El invierno se apoderó de mi piel que temblaba, te lo juro. Mil imágenes se dibujaban en mi interior, pero ninguna sería lo que en realidad fue.

Recuerdo que lloré todo el viaje mientras Eduardo manejaba en silencio. Mil interrogantes. No nos mirábamos, no nos hablábamos. Ninguno de los dos involucraba al otro en su dolor. Desconcierto. Desasosiego. Nos inundaba lo inexplicable. Solo el humo de los cigarrillos

nos enlazaba. Habíamos enmudecido. Y el tiempo transcurría interminable acompañando el ruido del motor del auto que avanzaba... Íbamos dejando atrás la risa, la alegría del encuentro mientras cruzábamos un pueblo, otro pueblo... dejábamos atrás las vías de tren, las camineras, los baches, todo se iba yendo menos el dolor sorprendido. Miraba el cielo intentando encontrar algún alivio, pero el cielo rechazaba respuestas o consuelos. Mis lágrimas borroneaban el paisaje. Los maizales, sin embargo, parecían acompañarnos, ya no se alzaban con toda su fuerza estival, sino que iban también muriendo con la llegada del otoño. El tiempo se había paralizado en un solo sentimiento: se fue, no está más, por qué...

Llegamos a La Plata, con ansiedad y angustia, sin entender qué pasaba. Entré a casa y me recibió mi tía Beba. Le pregunté si era cierto, si había algún error y me contestó que no había ningún error, que era cierto, desgraciadamente. Pregunté por Bernardo, y me dijo que se había escapado, que estaba escondido... que nadie sabía dónde estaba. Ya no supe qué más pasó. Solo recuerdo que llegaron papá y mamá que no estaban en La Plata. Beto los había traído en el auto desde Pehuajó. Otro amigo. Fue un solo abrazo y un llanto interminable. De pronto se oscureció nuestra casa y se llenó de silencios.

El cinturón

...il est étendu dans l'herbe, sous la nue,
Pale dans son lit vert ou la lumière pleut. /
...Souriant comme sourirait un enfant malade,
Il fait un somme:/
Nature, berce-le, chaudement: il a froid. /
...il dort dans le soleil, la main sur sa poitrine. /
Tranquille. Il a deux trous rouges aux côté droit.
Le dormeur du val. ARTHUR RIMBAUD (1)

La mañana anterior se levantaron juntos. No me dejes mentir, me lo contó Bernardo porque vos y él tenían que rendir. No era la misma materia, pero fueron juntos a la Facultad. Vos te encontraste con Osvaldo y Bavio (lo supe por Bavio), sabían que iban a aprobar Patología, había sido muy grande el esfuerzo de estudiar la materia sin haberla cursado. ¿Te acordás? Estudiaban allá en la calle 80, ustedes le decían “la Frontera”, porque, según Bavio, ustedes eran los cajetillas del centro. Talo decía que cuando salías de la casa, si te asomabas, podías ver las tortugas gigantes sosteniendo el mundo junto con dinosaurios y toda clase de especies... Pero cómo se divertían mientras estudiaban... Cocinaban, jugaban a las cartas e inventaban competencias de muchachos que no me atrevo a repetir. Me contaba que vos eras el jurado y ponías notas a los participantes. Estudiar era también compartir bromas y risas, una amistad.

En el 74 habían cerrado las facultades y los colegios de la Universidad. Una bomba nocturna en el Liceo, entre otras cosas. Por lo tanto, quedaron todas las cursadas incompletas, pero les dieron la posibilidad de rendirlas libre, ¿te acordás? Y ahí estaban, tempranito, guardapolvo en mano y un montón de patologías en la cabeza. A Bavio le tocaba primero, era por orden alfabético. Unos puchos para

la espera. Y entonces salió radiante: con un diez empezaba a lucirse el grupo. Luego tu turno. No esperabas menos, me imagino. Pero la suerte quiso que te tocara un nueve. “¡Qué bronca tenía Hernán!”, dijo Bavio, “sabíamos lo mismo, pero todo dependía de lo que te preguntaran o, tal vez, cómo lo dijeras”. Finalmente Osvaldo, tuvo igual suerte. Todos contentos a casa.

Me contaron que al día siguiente, después de comer, pasaste a buscar a Fabiana y a Flor que eran amigas y las llevaste al club para que te acompañaran mientras entrenabas. El entrenamiento fue muy aburrido porque no estaban todos tus amigos, ¿no? Otra vez sentiste que tal vez tendrías que haber ido a la gira a Europa con ellos. Mamá recuerda que a último momento algo sugeriste. Pero no, decidiste quedarte. Y ahí estaban, unos poquitos entrenando. Después de la tensión del examen venía bien correr un poco... Un buen baño y otra vez con las chicas en el auto. “Nos invitaron a un asado en Gonnet, ¿vamos?”. No hubo posibilidad de respuesta, la aceptación era tácita. Talo, el novio de Flor, también estaba en la gira. Mientras iban para Gonnet, una de las chicas comentó que había un Torino blanco estacionado en la calle que dividía a La Plata Rugby Club del Club Universitario. Unos tipos estaban filmando el entrenamiento. Te reíste, contaron las chicas. Imagino tu risa y tu comentario: “¿Para qué van a filmar un entrenamiento pedorro?, ustedes imaginan cosas...”. Después, una de ellas observó que el mismo auto los seguía. Otra vez te reíste. No había miedo, no había por qué tenerlo. Imagino tu cara risueña, tranquila... Llegaron a la casa, los recibieron como siempre los amigos. Pusieron la mesa afuera y mientras charlaban distendidos, otra vez una de las chicas dijo: “Miren bien, cada tanto da vueltas el mismo auto que estaba en el club, el de los tipos que filmaban”. Y otra vez vos, tal vez incrédulo, quizás seguro de lo que decías, las tranquilizaste: “Estarán buscando alguna casa, nosotros no somos importantes...”. Más tarde íbamos a saber que unos miserables sicarios de la muerte te habían señalado como *importante*.

No se fueron tarde porque ya estabas cansado. Como era lógico, la llevaste primero a Flor a su casa, vivía en pleno centro. Ya había empe-

zado el Viernes Santo... No quedaba muy lejos lo de Fabi... "Hernán se bajó para acompañarme hasta el ascensor. Yo siempre tenía miedo de que hubiera algún tipo adentro", contó ella después. "Y no lo vi más".

Desde lo de Fabiana, eran tres cuadras para llegar hasta casa. Los viejos todavía no se habían ido al campo, por eso papá creyó escuchar el auto cuando llegaba. Pero como enseguida se escuchó el ruido de un chirrido de gomas y por lo menos dos autos que a toda velocidad salían, pensaron que se habían equivocado. Ninguno de nosotros volvió a verte...

No me acuerdo bien, pero habían pasado uno o dos meses, no más. Un tiempo sin tiempo. Mamá me pidió que la ayudara a mirar tu placard: "Hay que guardar o regalar algunas cosas de Hernán, ni sé lo que hay", me dijo con resignación. El placard era chiquito, ¿te acordás? Te lo cedí cuando me casé y te adueñaste de mi cuarto. Era piola dormir ahí, nadie te molestaba porque estaba lejos de los otros dormitorios, cerca del lavadero. Teníamos más intimidad. Una cama vieja reciclada al lado de la ventana que daba al patio, un placard blanco chiquito con tus cosas...

Empezamos a sacar... tu saco azul, el gamulán, tus dos o tres camisas, alguna remera no muy nueva. Todo tenía tu olor, lo olimos acercando la ropa a nuestra cara. La mojamos con lágrimas sin contenernos. "¡Qué poca ropa tenía este chico!" -dijo mamá como extrañada. Es que nunca necesitaste mucho, eras sencillo. Seguimos mirando... nos hicimos las fuertes, estábamos juntas. Y continuamos con la tarea que nos habíamos propuesto. Allí estaban también tu banderín de honor de La Plata Rugby Club, tu diario del deporte, unos pins con el logo del club, notas del diario todavía sin pegar, algunas cartas de los chicos en Europa, otras que te mandaba el club para alguna reunión, dos cuadernos Éxito: uno con resúmenes de Patología, otro con el diario del viaje a Ushuaia y tus anotaciones de organización del viaje, tu bolso de rugby, el short sucio después del entrenamiento, la camiseta *Amarillo, lindo color*... esa camiseta que después uno de mis hijos quiso usar en sus juegos ¿No te conté que tuve tres varones? Al mayor le

puse tu nombre, Hernán. Pero no quiero irme del tema, ya te contaré. Te decía que mi hijo le pidió a mamá la camiseta del club. Ella la cosió con su corazón gordo, orgullosa de que alguien la usara otra vez. Y allí se fue perdiendo, quedó en la cancha hecha girones... como debía ser.

Seguimos mirando y entonces apareció el cinturón blanco de cuero, ¿no te habrás olvidado? Supongo que no, porque lo usabas hasta para dormir. Al principio no lo quería mirar. Estaba sucio, como con sangre, era tu sangre, no imaginé que iba a ver eso, lo miré bien, sí, tenía además varios agujeros de bala. El cinturón había resultado un escudo endeble. Sentí el horror. No quería ni imaginarme lo que habrá sido para vos, tu dolor asombrado en esa inocente madrugada. La autopsia que te harían años más tarde, confirmó una lluvia de balas ¿sabés? Un remate de dos más en la nuca, y pensé en tu miedo. No, miedo no, terror de saber que te estaban matando, no podía dejar de pensar qué era lo que había pasado por tu cabeza... habías sufrido, no me cabía dudas, y pensarlo era aterrador ¿Qué hacían esos animales? ¿Te preguntaban algo? ¿Te insultaban? ¿Te pedían información? Y te habían vendado los ojos con cinta ¡Cobardes! Para que no los vieras, tal vez para que no los reconocieras ¿Sabían quién eras? ¿Sabías quiénes eran? ¿Cómo un ser humano puede matar a otro? Te dejarían sin futuro. No habría medicina, ni casamiento, ni hijos, ni nietos. No tendríamos tu presencia en la mesa compartida de los domingos.

Y yo miraba el cinturón, ese cinturón que está en todas tus fotos, era el de todos los días porque tenías otro para las fiestas. Pero este quedó con el sello de tu vida, no de tu muerte... es por eso que lo conservo... es como rodearte la cintura, reconstruir tu cuerpo en un abrazo... *Y construí tu rostro. / Con adivinaciones del amor, construía tu rostro en los lejanos patios de la infancia. / Albañil con vergüenza, yo me oculté del mundo para tallar tu imagen, para darte la voz, / para poner dulzura en tu saliva... y temblé,* rememoré a Gelman, el poeta, que dedicaba un poema a su hija. ¡Qué tonta, dirás! Pero sí, el cinturón está lleno de tu vida, no de tu muerte.

Al día siguiente, el diario participó socialmente tu noticia:

ENCONTRARON MUERTO A TIROS A UN ESTUDIANTE DE MEDICINA, EN LA RUTA 11, EN VILLA PONSATI

La crónica es más larga, pero ya el título te impacta, solo revela tu nombre en el cuerpo de la noticia. El copete reitera lo que dice el título agregando que el episodio se asemeja, por sus características, a otros sucedidos en diferentes lugares del país con connotaciones políticas. Ya sé, habías salido muchas veces en el diario por tus actuaciones deportivas, pero jamás imaginaste que ibas a ser el protagonista de una noticia como esta. Después la noticia decía que “un automovilista que cruzaba el puente sobre el arroyo El Pescado, procedente de Magdalena, se presentó en la subcomisaría de Villa Ponsati para informar que al cruzar el puente, observó tendido en la banquina derecha, el cuerpo sin vida de una persona joven”. Y agrega: “Una patrulla se trasladó hasta el lugar... pudiendo comprobar la veracidad de la denuncia. La víctima yacía de cúbito ventral en el pasto y presentaba en el cuerpo entre diez y doce perforaciones de bala de distinto calibre”. Luego dice que los peritos te llevaron al cuerpo médico de la policía donde se realizó la autopsia. En realidad, te cuento que de la autopsia ni idea, no nos informaron nada. Entre los médicos forenses estaba Luis, ¿te acordás?, amigo del tío Negro, el que operó a papá, después lo invitaron al campo con la familia, se hicieron amigos, tal vez por eso no fuiste un NN. Te reconoció, pidió que viniera la familia a verte, te hicieron el Acta de Defunción: “Pérdida de masa encefálica por arma de fuego”, pero él no la firmó, tampoco te pusieron “sub”, por “subversivos”, como después lo hicieron con otros.

Y el artículo sigue, fue bastante extenso, tiene algunos errores de información, no sé por qué, ya que nosotros sabíamos que siempre llevabas tus documentos encima, ¿no es cierto, acaso? Mirá, dice que tu cuerpo fue reconocido como Germán Francisco Rocca, no, Germán no, Hernán debieron poner. Después dice que tenías 22 años, pero no, se equivocaron, eran 21, tal vez a ellos les daba lo mismo, uno más, uno menos, una “G” en lugar de una “H”. A nosotros no nos daba lo mismo, te perdimos, sí, pero no estábamos dispuestos a que fraguaran tu identidad a pesar de que te habían

robado tus documentos y tu reloj, el de los quince ¿sabés? Ese te robaron, no sé, alguien en la policía, tal vez, qué morbosos, ¡mirá que robarle a un muerto! Estaban bien los datos de que cursabas tercer año de Medicina y la dirección de casa... eso estaba bien. La nota sigue y habla de las hipótesis de la investigación: "el infortunado joven fue secuestrado y luego acribillado a tiros en otro sitio... avalado por la ausencia de cápsulas servidas en el lugar del hallazgo del cadáver". Esto solo lo sabés vos. Vos sabés bien lo del secuestro, cómo te fueron matando de a poquito. Después dice que te llevaron hasta ese lugar y "allí se desembarazaron de la macabra carga arrojándola a un costado de la ruta". Y la terminan mencionando que estabas al lado del auto de papá: "un automóvil Ford Falcon, modelo 1973, de color gris acerado, ignorándose si dicho vehículo tiene relación con el trágico episodio". Parecía una película policial donde los muertos se transforman en cosas... *macabra carga* te llamaron, ya no eras una persona, eras solo una noticia y luego pasaremos al próximo muerto. Desgraciadamente fueron muchos más, muchísimos.

La noche te susurró la canción del miedo... Cuánto horror sorprendió a la madrugada. Te encontró solo, dormido en el pasto, pero tus ojos no pudieron ver el amanecer. Estabas vendado y quieto, algunas flores del campo tal vez te estuvieron velando... tal vez la luna iluminó tu cuerpo para mirar tu póstuma hermosura, y el cinturón se quedó con vos, símbolo implacable de la injusta muerte, prueba irrefutable que dejaron tus inclementes verdugos, asesinos de la alegría y la esperanza. Te llevaste la verdad con tu silencio. Tu silencio, solidariamente, se convirtió en el de toda la familia. Y el silencio de los homicidas convirtió tu partida en intolerable impunidad.

(1)...duerme en su lecho verde, tendido bajo el cielo /
Sobre la hierba pálido, donde llueve la luz. /
...Duerme sonriente como un niño enfermo que estuviera soñando: /
Naturaleza, mécelo, con calor: tiene frío. /
...tranquilo duerme al sol, la mano sobre el pecho: /
Hay un rojo agujero en su costado derecho. /

El durmiente del valle. A. RIMBAUD

La despedida

...Vi los hombres trincar / la continuidad del tiempo /
y alterar el ritmo de los años...
Vi el mundo de mi infancia desmoronarse
en migajas despreciables. /
Vi la sangre y la entraña /
Colorear los horizontes tranquilos /
Vi la vida hacerse muerte /
Y a la muerte alzarse con virtudes de vida...

RAÚL SCALABRINI ORTIZ

Te cuento que alguien organizó tu despedida, algún tío, no sabemos. No sé cómo llegué hasta la sala velatoria. Tal vez me llevó Eduardo, no lo sé, no me acuerdo nada. Quizás estaba Virginia con nosotros o Claudia, no sé... La amnesia del dolor. Sé que había gente en la puerta. No sé si saludé, no sé si alguien me saludó, solo subí dos o tres escalones de granito. "Es frío el granito", pensé. Y luego el olor... un olor como a viejo, como a guardado, un tanto amargo... no me gustó. "¿Sale ese olor de las coronas?". Sí, había unas coronas en el lugar que te habían reservado. Pero no sé quién inventó eso. Las flores no son las mismas que las que están en un jardín donde derraman vida. Estas son flores frías, como si estuvieran muertas llenando un vacío, pero el vacío está adentro... y el olor... "¿Cómo te sacás después ese olor a muerto?". Nunca me gustaron las coronas. El salón tenía tu nombre en la puerta, una crucecita y la fecha de tu muerte. Eso sí lo vi, no me gustó tampoco. Ponía en evidencia una verdad que no quería aceptar. Había gente también en el hall, ¿quiénes eran? No saludé a nadie, creo. No me importaba ser atenta. Alguien me abrazó, ¿quién era? Yo buscaba a mamá, pero había muy poca luz y un montón de gente en esa sala. Estaba oscuro, parecía como si todos hubieran estado vesti-

dos de negro. Tampoco sé lo que llevaba yo puesto, siempre me arreglo para salir, me pinto, soy coqueta. Ya sabés, pero ese día me olvidé. Y entonces los vi, vi a la familia sentada en hilera contra una pared larga y oscura. Ahora creo que Eduardo me llevaba de los hombros hasta donde estaban los viejos. Y me largué a llorar. Creo que no dejé de llorar en todo ese tiempo. Formamos una hilera de abrazos sentados contra la pared, llorando, todos. ¡Qué despedida más fea, dirás! No pudimos hacerlo de otra forma, lo siento. Ya sé, tendríamos que haber cantado como te gustaba, no pudimos. No podíamos ni siquiera ir a verte, estabas en la otra sala y no te íbamos a ver, teníamos miedo de aceptar lo que había que aceptar... qué mal, dejarte solo. Pero no sabés, fue muy difícil despedirte. Imaginate que meses después, nos costaba pasar por el club. Al principio, yo daba vuelta la cara, no quería mirar tu club sabiendo que vos no estabas.

Entonces vino una compañera de la Facultad, me sacó de los abrazos, me besó y me llevó a tomar café. Y me hablaba, qué diría, ni idea, nada me iba a calmar, quise volver con los abrazos, abatida, como todos. Luego vi a un antiguo conocido, no se animaba a saludarme, creo, me miraba y no sabía qué hacer. Me acerqué, creo que estaba con sus padres, no sé, fueron unos minutos de una conversación sin sentido, nadie podía decir nada ni sabían qué decir. Son momentos en donde la palabra está demás. Enseguida quise volver a los abrazos, volver con Eduardo, con mi hermana. ¿Me despedí de ellos? No sé, no importaba.

De pronto vi que mamá se levantó como apurada, “¿a dónde va?”. La seguí como preocupada, tenía miedo que se descompusiera o no sé, y vi a los chicos, amigos de Hernán. Mamá les hablaba nerviosa:

—Váyanse, no se queden que es peligroso.

—Vamos a entrar, queremos verlo, despedirnos –la abrazaban llorando.

—No, no tienen que estar acá, dicen que filman en los velorios para identificar a los militantes, por favor, váyanse...

—Ahora tenemos más motivos para seguir luchando, nos quedamos solo un minuto, quedate tranquila –dijo Santiago.

Mamá los acompañó a la sala de al lado, ahí, donde vos estabas. Sentí que alguien me tomaba de la mano y me levantaba de la silla o sillón, no sé. Era Rita, una amiga que estudiaba Psicología, la escucho decirme:

—Andá ahora con tu mamá, entrá a ver a tu hermano.

—No, no puedo, no me animo.

—Vení, yo te acompaño, es importante que lo veas...

Sentí que me empujaba abrazándome mientras yo me resistía a entrar en esa sala. Pensé que la tenía que llevar a Virginia, la llamé con la mano y ella me decía que *no* con la cabeza. Me sentía dura, como que no podía avanzar hacia la sala. Sin embargo, Rita me hizo entrar. No tuve más remedio que verte, desde la puerta, claro, no pude acercarme, pero te vi, quietito, como dormido y me dolía el estómago, me temblaban las piernas, se me aflojaban. De pronto, sentí como un mareo. Creo que había poca gente, no sé si estaba mamá, yo te miré a vos. No parecías lastimado, estabas sereno, no sonreías como siempre. Y entonces me escapé, no pude aguantar tanta quietud. Fue demasiado. Ahora, en este hoy que lleva muchísimos años de tiempo transcurrido, pienso: “¿por qué fui tan cobarde? ¿Por qué no te abracé? ¿Por qué no te besé?”. Tal vez porque me di cuenta que ya no estabas allí. Esa persona se parecía a vos, pero había perdido todo lo que te hacía hermoso.

¿Habremos pasado toda la noche allí? ¿Era de noche o de día? Me acuerdo que por la mañana fuimos al cementerio. Todo gris. Como entre sueños, escuché una voz que decía:

—No lo podemos enterrar todavía, no tenemos sus documentos.

Yo quería terminar con todo eso. No nos podían dejar ahí sabiendo que vos quedarías solo en un depósito. Y entonces nos hicieron ir dos días después. Alguien había arreglado el tema de los documentos, tal vez Luis que era forense.

La abuela había estado años construyendo una bóveda para que la pusieran allí con su marido. Después ocupó un lugar el tío Vasco, ¿te acordás?, era muy joven y lo adorábamos. Por supuesto, había previsto más lugares. Nunca pensamos que el siguiente en ocuparlo serías vos. No sé si hacía calor o frío, no sé si había sol o estaba nublado. El corazón estaba oscuro. Mis piernas se aflojaban por momentos, caminábamos como entre tinieblas hacia donde te quedarías. Otra vez los abrazos, los chicos llevando el cajón, el llanto interminable de nuestro primo Ricardo que, creo, iba sosteniéndolo en una punta. ¿Estaba Fabiana?, supongo que sí. Me acuerdo que un día después fuimos a su casa y no sé en qué momento se la llevaron a vivir a Jujuy con una tía. Nosotros nos quedamos y te dejamos descansar en la casita de muertos que había hecho la abuela.

Muchos años después, nos enteraríamos por un tío, que alguien había llamado a la casa mortuoria para decir que no cerraran la factura del sepelio porque todavía faltaba otro cajón para uno más de la familia.

El silencio del juez

El ejercicio de la justicia
es el ejercicio de la libertad.

SIMÓN BOLÍVAR

Después de tu despedida, era imprescindible sacar a Bernardo del país. No sabíamos si lo estaban buscando o no. Ya estaba en el Uruguay, pero todos decían que era igual que estar en la Argentina. El mismo peligro seguía latente. ¿Lo entendés? También ya estaban con él Claudia y Anita. Hubo problemas con la prórroga del servicio militar, hubo que tramitar los pasaportes. Por un familiar relacionado con la embajada, consiguieron la documentación que necesitaban y, finalmente, pudieron viajar a Venezuela. El dolor se trasladaba de país en país, pero no se iba.

Mamá me contó que cuando sintieron que Bernardo y su familia ya estaban a salvo, fueron a la policía. Querían saber, tenían derecho a saber, había que investigar y conocer la identidad de los asesinos. Lo primero que se les ocurrió después de saber que todo era irreparable, fue ir a pedir justicia. Pero la policía solo les dio informaciones confusas, datos todos mezclados. ¿Por qué tenían registrada esa información? ¿Por qué era confusa o equivocada? Salieron de allí con más miedo todavía. Quedaban los otros hijos. Parecía que éramos una familia de delincuentes sin derecho a saber por qué. Se iban sumando desagradables desconciertos.

Entonces me comentó que hablaron con Alberto que era conocido de la familia. ¿Te acordás? Alberto era juez. Se mostró interesado

en ayudar y les dijo que conocía al juez que llevaría la causa. Pero que era mejor no visitarlo en el Juzgado, conocía su casa particular y allí los llevaría como para hacerles la gauchada. Les dijo que no lo comentaran con nadie, iba a ser una reunión “de favor” ya que en ese momento no se estaba llevando a adelante ninguna investigación, no había procesamientos, ni juicios.

Tenían que salir de la ciudad porque el juez vivía más allá de Gonnet, yendo para Buenos Aires. Parece que subieron al auto de Alberto. Mamá iba atrás mirando pasar las calles. Me decía que todo había perdido sentido para ella. No había esperanza ni fe en nada. ¿Te das cuenta? Pero ellos sabían que algo había que hacer. Siguió contándome que después del semáforo de Gonnet, había visto, de pronto, el enorme campus del Club Universitario: las arboledas, las hamacas coloridas, los arbustos que se iban pintando de amarillos y rojos, las canchas de pasto preparándose para el invierno. Y entonces, se le apareció de pronto. Me contó lo que le pasó al ver la familiar callecita que separa Universitario de La Plata Rugby Club. Dijo que un nudo le había ceñido la garganta, el pecho se le había oprimido cuando vio el club, tu club. Parece que no pudo sostener la mirada y se dio vuelta para no ver, no podía verlo. Por suerte el auto siguió y dejaron atrás el club, el camino los fue llevando hasta un barrio residencial. Era un día pleno y fresco. Había sol, creo, daba lo mismo para ella.

Me siguió contando que Alberto frenó en el portón de una casa que parecía tener un gran jardín. Tocó el timbre y en seguida le abrieron. Parece que sabían de la visita. Se ve que no acostumbraban a recibir “casos”. El auto fue bordeando una galería de robles jóvenes y ya, tal vez, prematuramente desnudos. El suelo se había poblado de rojos. En un claro se abrió la casa, imponente, cuidada. Las alegrías del hogar coronaban la entrada, pero con tibieza ya otoñal. “¿Para qué venimos?”, se preguntaba mamá. “¿Qué pueden arreglar? ¿Me devolverán acaso a mi hijo?”. Sabía que no, la certeza era absoluta. Esta visita no cambiaría nada. Pero bajaron, no podían

desairar “el favor” aunque tuvieran ganas de salir corriendo. Procesaban el duelo y debían guardar la compostura, la formalidad de un mundo... ¿civilizado?

Se ve que una mujer abrió la puerta y los hizo pasar. Los invitó a sentarse en el living. Todo estaba en su lugar. Sillones de pana con unas enormes lámparas de cerámica en cada extremo, cuadros de pintores en las paredes, y un silencio extraño como una casa sin vida, así lo sintió mamá... tal vez era ella, no la casa. “¿Qué estoy haciendo acá?” —pensaba. Se sentaron y la señora les ofreció un café. Aceptaron mecánicamente. Papá hablaba bajito con Alberto hasta que de pronto entró el juez. Mamá no sabía si pararse o continuar sentada. Era una persona importante: juez en lo Penal. De todos modos, se pararon y el señor Juez les dio la mano, luego, con amabilidad, les hizo señas para que tomaran asiento. Se hizo de nuevo el silencio, un silencio incómodo, dolía. Entonces Alberto rompió el hielo:

—Traje a los padres de Hernán Rocca, como te dije. Sé que el caso está en tu juzgado y te agradezco que nos atiendas en tu casa.

—Sí, no es nada, pero no me puedo demorar mucho tiempo. Ustedes dirán en qué los puedo ayudar.

Mamá no entendía nada: “¿Este hombre no sabe que han asesinado a balazos a mi hijo? ¿No sabe que él se tiene que ocupar de esto?”. Entonces papá habló con la voz resquebrajada, pero impetuosa, apasionadamente, sabés como era él:

—Es por mi hijo. Queremos saber quién lo mató. Exigimos saberlo y entendemos que la justicia tiene que darnos alguna respuesta. Usted está a cargo.

—Tranquilícese, primero. Las cosas no son tan fáciles como usted cree en este momento. Nunca es fácil en mi competencia, pero, como están las cosas ahora, todos corremos peligro. Lamentablemente, tengo que decirles, que yo no podré investigar nada porque si empiezo a

averiguar algo, también me van a matar a mí. Hay antecedentes de abogados que se pusieron de parte de... Bueno, les aconsejo que ustedes tampoco hagan nada porque si no los van a matar a todos. No tengo otra cosa que decir –le respondió el juez. Mamá y papá se miraron perplejos, las facciones endurecidas, el horror en las caras. Entonces, papá se enfureció del todo, pero intentó reprimir el enojo, suspendió las lágrimas y dijo con firmeza e indignación:
—No sé, no entiendo para qué usted es juez penalista. No sirve para nada su cargo si no puede hacer el trabajo.

Tomó de la mano a mamá, se levantaron de los sillones, saludaron apenas con la cabeza y salieron sin haber probado el café, ni decir siquiera gracias.

La palabra encarcelada

Tengo miedo. La tarde es gris y la tristeza
del cielo se abre como una boca de muerto.
Tiene mi corazón un llanto de princesa
olvidada en el fondo de un palacio desierto. /
Tengo miedo –y me siento tan cansado y pequeño
que reflojo la tarde sin meditar en ella.
(En mi cabeza enferma no ha de caber un sueño
así como en el cielo no ha cabido una estrella.)
Y la muerte del mundo cae sobre mi vida.

Tengo miedo. PABLO NERUDA

Te cuento que después del entierro, la policía de Villa Ponsati citó a Osvaldo y a Bavio a presentarse en la comisaría. ¿Podés creerlo? No sabían para qué los llamaban, no tenían ninguna información que pudiera explicar lo que había pasado. Solo sabían que vos no estabas metido en nada. Tu vida era el estudio en la Frontera, los entrenamientos y las visitas a Fabiana. No había tiempo para mucho más. Bavio dice que estabas todo el día con él. Y era tal el nivel de estudio que apenas si habían reparado en un auto que parecía vigilar frente a la casa. Todo el día. Dos tipos adentro. Lo habían visto unas cuantas veces. Sin embargo, nadie tuvo miedo, no pensaron que tuviera alguna relación con ellos porque nunca habían tenido ninguna militancia. El resto del grupo se había ido a la gira.

Y se fueron en la moto. Bavio conocía la zona y no les fue difícil encontrar la comisaría. La angustia iba aumentando a medida que llegaban. Casi en el campo. Una casa descascarada, una bandera sin brillo, un cartel pegado a la pared identificando la comisaría, algunos árboles medio pelados rodeando el lugar que les pareció siniestro. ¿Qué querían? Vos, muerto a balazos... El grupo había dejado de ser grupo: eran dos desconcertadas soledades. Entraron y se presentaron ante un ofi-

cial de policía. Los hicieron sentar en una especie de hall sin pronunciar palabra. Y allí esperaron. Esperaron... esperaron... esperaron. No sabían qué estaban esperando, ni a quién. Tampoco veían gente en la comisaría, vacío total. Te cuento que los tuvieron allí sentados como una hora, o más, no sé. No podían ni hablar, el miedo iba aplastando al reciente dolor. Entonces apareció el comisario y los hizo sentar en su despacho. "Documentos", les dijo con un tono de me obedecés porque te reviento, nene. Le mostraron los documentos, nada tenían que ocultar, tampoco existía otra opción, te imaginarás. Pero el tipo intimidaba. Después empezó como una especie de interrogatorio. Les preguntaron de dónde te conocían, dónde estudiaban, qué otros amigos tenían, si andaban armados o si militaban en algún partido. Imaginate, no era difícil decir la verdad, pero el tono de las preguntas los hacía sentir inseguros. Le dijeron que estudiaban juntos Medicina en la casa de Bavio, ¿te acordás?, la Frontera. Que no militaban y que los otros del grupo eran rugbiers que estaban jugando en Europa.

Y así siguieron pidiendo detalles, como esperando algún dato que ellos no podían dar. Después les dijeron que les iban a mostrar unas fotografías para que reconocieran a su amigo. Fue impactante porque ellos creyeron que tenían fotos tuyas estando vivo, pero no. Las fotos te mostraban tirado, baleado por todo el cuerpo. Enmudecieron. Casi no podían sostener la mirada. "Sí, es él, es nuestro amigo, pero ya fue reconocido por los familiares", dijeron ellos. "Mírenlas bien y piensen en lo que pasa cuando se meten en lo que no deben" –dijo el comisario. Era como una tortura estar ahí, mirar y volver a mirar las fotos, porque se las mostraban continuamente. Les hacían repasar el horror y les iban metiendo el terror en la sangre. Se querían ir. Salir corriendo. No recordar. Y al fin los largaron. Fue un regreso sin hablar. El corazón y el campo, despoblados. Solo el sonido de la moto que iba dejando atrás ese lugar amenazador. Llegaron a la Frontera y el silencio pudo más que las palabras.

Muchos años después, casi treinta años, cuando se pidió la investigación de la causa, no solo no encontrarían las fotos en Villa Ponsati,

tampoco rastros de documentación que probara el paso de tu cuerpo por allí, todos los empleados licenciados. Desaparecieron todas las pruebas, pero no pudieron borrar los recuerdos. Después de la visita a la comisaría, Bavo y Osvaldo tuvieron que soportar durante meses no solo la irreparable ausencia, sino también el auto parado permanentemente frente a la casa.

Y se fueron sumando los silencios, mientras tus amigos se encerraban en la Frontera, intentando seguir estudiando, nosotros no podíamos volver a casa, nos quedamos casi un mes en lo de la tía Elsa. ¿Miedo? ¿Dolor? Tal vez no queríamos enfrentar el vacío, pero algo había que hacer. No nos hubieras perdonado tanta inmovilidad. El whisky y el pucho parecían ser nuestra contención. Yo intenté acercarme a la Facultad para ver si podía dar mis prácticas docentes y terminar así la carrera. Lo hice. Había que llenar vacíos, tener algún tema de conversación. Durante un mes di clases en el Liceo, pero “cuidado con los libros que leas..., cuidado con los libros que tengas”. Finalmente pude recibirme con la última clase. Volví sola caminando por la calle 5 hasta casa, en 56, siempre mirando para atrás, pensando que alguien podía seguirme. “¿Por qué yo no?”. Todavía quedan resabios de esa paranoia. Pensar que el gobierno había decretado la ley de Seguridad Nacional y el Estado de Sitio y el pueblo estaba cada vez más indefenso. Vivíamos en medio de ilícitas incoherencias: el Estado amparaba las muertes, los secuestros y todas las violaciones a los derechos individuales. Te cuento que el Terrorismo de Estado se había instalado para quedarse por mucho tiempo. No sé si vos llegaste a darte cuenta de lo que estábamos viviendo. Te decía que volví a casa después de mi última clase que me convertía en profesora. Entré y mamá estaba en la cocina, como siempre. Para ella, una de las cosas más importantes era saber qué se iba a comer y ponerlo en marcha. Estaba pelando papas sin entusiasmo, ya habían pasado uno o dos meses. No me acuerdo. Veía su espalda desde atrás, el torso se curvaba como en actitud vencida. ¿Dónde se había derretido su alegría? La sonrisa extinguida. Entonces, creyendo que, tal vez, el fin de mi carrera me devolvería algo

de mi antigua mamá, poniendo algo de entusiasmo le dije: “¡Mamá, me recibí!”. Recién ahí se dio vuelta, pero su gesto desplomado era desconocido para mí, ajeno: “Me alegro por vos, hija. Te felicito”, me dijo. Me dio un beso y siguió con la comida. Mamá había dejado no solo de reír, también dejó de tocar el piano y de cantar. No quedaba lugar más que para la tristeza.

Sin embargo, un día se despertó con decisión y mandó hacer una reja. ¿Sabés dónde la iba a poner? Ocuparía toda la ventana que daba a la calle, ¿te acordás?, cercaría de punta a punta toda posibilidad de entrada o, quizás, también de salida. No tendría nada de decorativa, sería común, la intención era dar seguridad, creo. Separaría un mundo de crueldad oculta y silenciosa, el mundo de afuera, de nuestro mundo, el de la melancolía lleno de palabras silenciadas y ahora, encarceladas.

Y así la trajeron, pero no venía sola. De ella colgaban un montón de palabras que fueron llegando del afuera, pero un afuera diferente, lleno de amor y solidaridad: “Profundamente conmovidos les hacemos llegar todo nuestro cariño y ofrecemos oraciones por el descanso del inolvidable Hernán... Llegue a ustedes nuestro pesar y afecto ante la tragedia que los apena... Nos unimos a vuestro dolor. Un enorme abrazo en este injusto trance... Los acompañamos en tan tristes momentos... Nuestro sentido pésame...”. Palabras que intentaban endulzar tan duro contenido y fueron formando sobre la reja una enorme red de apoyo y contención. A medida que el dolor iba cediendo, fueron lentamente resbalándose como almíbar y luego fueron cayendo, de a poco, en una cajita que hasta hoy mamá ha guardado como para no olvidarse de tanto cariño recibido.

Después papá hizo revelar una foto carnet tuya, ¿te acordás la de la Libreta de Estudiante? Esa, estás serio, se ve que es la primera que encontró. Bueno, le dio un tamaño grande para ponerla en un portarretratos en el hall de entrada, era tan grande que si mirabas desde afuera por entre la reja, podíamos verte como custodiando la casa. Esa foto dolía, será por eso que en mi casa puse una muy chiquita, será por eso, tal vez, que tanto en lo de Virginia como en lo de Bernardo fue la foto ausente.

Te cuento que, mientras tanto, a Virginia no la dejaban salir sola. La acompañaban a la escuela y luego la iban a buscar. De noche nadie se movía de la casa. Papá escondió su dolor solo, en el campo, sin hablar. Nosotros no pudimos por largo tiempo rememorar ni tu fecha de muerte, ni tu cumpleaños. Ni las mencionábamos. Cada uno las recordaba en soledad. Eran fechas que se guardaban por imposición. Fue insoportable vivir sin palabras. Hay palabras innecesarias, otras inoportunas, están las tímidas y las osadas, las impertinentes, las tiernas, las cariñosas y las malvadas, las que no queremos oír, pero lo intolerable son las palabras encarceladas. Por años dejamos de tener opinión o decirla porque nos habían secuestrado no solo las palabras, sino también los pensamientos. Se había decretado callar.

Las cartas de mamá

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escribeme a la tierra
que yo te escribiré.
Ayer se quedó una carta
abandonada y sin dueño,
volando sobre los ojos
de alguien que perdió su cuerpo.
Cartas que se quedan vivas
hablando para los muertos:
papel anhelante, humano,
sin ojos que puedan serlo.

Carta. MIGUEL HERNÁNDEZ

22 de abril de 1975

Nanchito, a los veinticinco días de irte de mi vida...

Hijo adorado:

Es tan grande mi dolor que las lágrimas no me dejan, el pecho se me cierra y parece que la vida ha dejado de tener sentido. ¡Nunca imaginé que se pudiera sufrir tanto, con un dolor tan profundo! La impotencia ante la muerte.

Yo que supe protegerte desde niño, que di mi vida en días y noches para que te criaras feliz y sano, física y moralmente, no pude hacer nada en el momento de tu muerte. No puedo llegar a comprender cómo pudo haber sido alguien capaz de matarte. Cómo pudieron nacer esas alima-

ñas capaces de terminar con la vida de un ser tan extraordinario como tú. Quién pudo odiarte a ti que eras el amor, la ternura... que todo tu ser irradiaba cariño. Todo el que tuvo la dicha de conocerte te quería. Tu sonrisa era amor. Tus manos, con delicadeza, sabían acariciar, se posaban en mi hombro. Tu voz, que me decía "Marti". Tus miradas, que al llegar hasta mí, siempre irradiaban ternura.

A cada momento me parece oír la llave de la puerta y tus pasos silenciosos en la escalera. En las noches, parece que vuelves calladito a ver si duermo, o a apagarme el televisor. Tú, el callejero, que al entrar con un pie, salías con el otro diciendo: "¡Voy a salir! ¡Voy a lo de Fabiana!". Y aunque estabas poco en casa, cómo se siente que no estás, que te has ido para siempre...

¡Cuánto sitio ocupabas en mi vida! ¡Qué vacío tan terrible! Siempre les decía a todos: "Si fuera una chica, me casaba con Hernán."

Ya no estás. ¡Cómo pudiste dejarme con lo que te quería!

Mamá

7 de julio de 1975

Retrato de mi hijo

Mi hijo niño:

Apenas pasada la medianoche del 18 de junio de 1953, ya ansiosa con la espera, llegó a mi vida mi segundo hijo varón. Eras hermoso, Hernán, con tus 3,900 kg. Estabas en el medio, igual que tu madre, hasta en eso éramos iguales, mi vida... Nunca me diste trabajo, fuiste el niño bueno. Dormías, comías y pasado el tiempo, sabías sonreír con una sonrisa hermosa, siempre llena de ternura... Pero también llorabas y hacías un charco con tu llanto, mojando el piso con tus lágrimas. Te recuerdo con tu bombachón, mi gordo divino.

Y fue pasando el tiempo, crecías admirando a tu hermano, aunque a veces peleabas con él o con Araceli, pero solo si te provocaban. Te veo en el dormitorio grande jugando tranquilo años y años con los soldaditos, los autitos y los botones que fueron tu primer juego al fútbol. Días y días, meses y meses... Solo cuando escuchabas el ruido de algún papel de caramelo te movías buscándolo. Eras goloso y tu abuela lo sabía. Ella te vio crecer junto a sus tejidos...

Mi hijo adolescente:

Te despegaste de nosotros cuando fuiste invitado un verano a Miramar. Floreciste al deporte. A lo que jugaras, eras de los mejores. Te descollaste en el rugby. Ponías el alma, el cuerpo entero en el juego.

El número 8 era tu favorito. ¿Te acuerdas de nuestros viajes en el auto cuando jugábamos a los números de las patentes? Siempre ganabas. Pensé que ibas a ser el gran ganador. Nunca imaginé que ibas a ser el primero en perder la vida. Pero no la perdiste, te la quitaron con alevosía. Jugaron con ventaja, sucio, estabas desarmado. ¿Por qué?... ¿Por qué?

Mi hijo hombre:

Estabas enamorado, te habías comprometido. Me quedó tu sortija. Ibas a ser médico. El destino no lo quiso así. Y estoy segura que serías un médico con el fuego sagrado... De esos que curan el cuerpo y el alma. Aquí está tu primer paciente. Necesito que me cures.

28 de noviembre de 1975

Mi querido Hernán:

Hace ocho meses, hoy, que no estás conmigo. No sé si es mucho o poco tiempo. Lo que sí sé es que vives en mí, todos los minutos del día. Siempre estás en mi pensamiento, en mi ser. Parece que estuvieras nuevamente en mis entrañas, compenetrado en mis carnes y en mi alma.

¡Cuántas veces me pregunto dónde estará tu almita! Y siento ganas de gritar, llamándote. Inundar la casa con tu nombre, ya que no puedo llenarla con tu presencia... adivinarte en la casa, en las cosas que rodearon tu vida, tan cortita, pero tan hermosa.

Con vos se fue mi alegría y empezaron a cobrar sentido ciertas palabras que no eran más que palabras; la primera y más cruel: muerte. Y a ella le siguieron en tropel horror, desconcierto, miedo, desesperación, abismo, noche, dolor, vacío, nada, cansancio, extenuación, rebeldía, revancha, sed de justicia, venganza, creer en Dios, desesperadamente, para que me ayudara a soportar todo este vacío y buscar como loca algo que me contestara el porqué de tanta injusticia. ¿Qué hice yo para merecer esto? ¿Qué hiciste vos? ¿Ser bueno es pecado?

Ese 28 de marzo se presentó ante mí, de golpe, traidoramente, una palabra presentida, pero no valorada en su espantosa intensidad. Recién ahora sé qué es la muerte. Antes no lo sabía. Murieron papá, mis tíos, mamá. La muerte de El Vasco, tu tío, fue un golpe tremendo para mí, me sacudió muy adentro, pero la tuya, me desmoronó. Hay muertes presentidas, hay muertes imaginadas. Imaginé mi propia muerte, la de mi marido, la de mis hermanas, mis amigos, pero nunca imaginé la muerte de ninguno de mis hijos. Nunca, jamás. Nunca debieran morirse los hijos antes que sus padres para que no tuvieran que vivir sin ellos. Es muy difícil vivir así... es como si una parte de mi ser me hubiera sido arrebatada.

Mamá

Quebrar el silencio

Hermano, hoy estoy en el poyo de la casa donde nos haces falta sin fondo! Ahora yo me escondo... y espero que tú no des conmigo... Después te ocultas tú, y yo no doy contigo...

Miguel, tú te escondiste una

Noche de agosto, al alborear... y tu gemelo corazón
De esas tardes extintas, se ha aburrido de no encontrarte.

Y ya cae sombra en el alma. Oye, hermano, no tardes en salir. Bueno! Puede inquietarse mamá.

A mi hermano. MIGUEL CÉSAR VALLEJO

Te cuento que un día iba manejando para la escuela, 6.45 de la mañana. La cabeza fresca, la mañana también fresca. Como tengo una media hora de viaje, puse la radio. Justo estaba en el dial de Radio Provincia: "Seguimos con la actualidad, antes de ayer, unos trabajadores de la construcción que estaban haciendo una ampliación en el edificio de 54 de la Policía de la Provincia descubrieron al tirar abajo una pared, una habitación muy grande llena de archivos pertenecientes a la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires, DIPBA..., se dice que se han encontrado miles de legajos donde los servicios de inteligencia de la policía provincial, guardaban informes sobre el accionar de personas que militaban en diferentes movimientos políticos contrarios al gobierno en la época de la Dictadura y anterior a ella."

De pronto, el tiempo había vuelto hacia atrás. Una pared dividía el pasado del presente. Un pasado oculto que señaló el destino de muchos jóvenes. Sentí miedo y curiosidad, ¿sabés?, tal vez allí estuviera escrito el porqué de tu muerte, o no..., tal vez algún legajo hablara de Bernardo... pero me daba cuenta que me faltaba coraje. "Voy a ir, sí, pero necesito hablarlo con alguien, necesito fuerza para enfrentarme con la verdad como sea", pensaba. Dejé pasar los días, pero cada vez

estaba más segura de que lo quería saber. Empecé a pensar en buscar otra vez un psicólogo. Alguien me señaló un profesional como valioso. Lo llamé y me dio un turno. Necesitaba hablar del tema, contar otras cosas que me habían pasado en la vida, mis miedos, mis inseguridades, mis broncas, mi separación... qué elegir contar primero. Me hizo sentar en un sillón y mis primeras palabras fueron:

—Tuve un hermano al que asesinaron.

— ¿Cuándo?

—Hace treinta años.

La elección del tema te daba prioridad. Necesitaba volver a hablarlo con un profesional para poder liberar tantos años de dolor reprimidos. Y entonces, otra vez hable, hablé, hablé, sin reparos. Esta vez el silencio era del otro. Creo que conté todo y la sesión me pareció corta. Tendría que pasar mucho tiempo para que las palabras allí liberadas se transformaran en un discurso nuevo. Salí de allí como más liviana, pero, a la vez, fortalecida, y, sin pensar, me fui derecho a la DIPBA que actualmente está bajo la gestión de la Comisión por la Memoria. Primero había investigado y había logrado sacar información de su página que lo definía como “un extenso y pormenorizado registro de espionaje político-ideológico sobre hombres y mujeres a lo largo de medio siglo”. La DIPBA fue creada en agosto de 1956 y funcionó hasta que, en el contexto de una reforma de la Policía de la Provincia de Buenos Aires en el año 1998, fue disuelta y cerrado su archivo. Quizás podría develar el misterio de tu muerte porque, como dicen allí, es una parte importante de la “burocracia del mal”.

Increíble, me estaba acercando a mi antiguo barrio. Tantas veces había caminado esas calles y ahora parecían distintas. Los árboles se habían ido juntando como abrazándose; también habían crecido, tanto que no se podía ver el cielo. Pero eran los mismos plátanos. Entonces, se me ocurrió pensar *a cuántas personas habían sobrevivido, cuánto más vulnerables son las personas...* Así, despacio, reconociendo

do algunas casas que todavía estaban, otras nuevas o modernizadas, llegué al número que me habían indicado. Me sorprendió un edificio moderno o por lo menos reciclado. Una placa enorme, lustrosa, lo identificaba como DIPBA. Un timbre con un visor me dio temor, inquietud. “Me están mirando desde adentro y yo no sé quiénes me miran” –pensé. Al rato, una mujer abrió la puerta, amable. Sabía que no tenía por qué tener miedo. Y ahí me encontré en un amplio salón con inscripciones en las paredes homenajeando a los desaparecidos: nombres, recordatorios, fue un primer impacto tranquilizador, pero triste. Estaba del lado de los míos, los que recordaban, los que querían justicia. Me hizo entrar a otro espacio como una especie de administración, con un mostrador blanco atendido por gente joven. Me preguntó qué deseaba. Otra vez tuve que decir la misma frase, pero esta vez iba cobrando más fuerza: “Tuve un hermano al que asesinaron. Quisiera saber si tienen algún legajo de él, la familia no sabe por qué lo mataron, nunca pudimos ni quisimos saberlo. Es ilógico, tal vez no se entienda, pero fue así”.

Habían pasado más de treinta años y me sonaba absurdo mi interés actual. Es que no habíamos podido ni preguntar, nadie tenía respuestas, tampoco te iban a devolver la vida esas respuestas. Entonces la mujer me llevó a un apartado, llamó a otra persona que para mí era un psicólogo y me hicieron algunas preguntas para que yo pudiera hablar de lo que quisiera. Sentí contención, me di cuenta que lloraba. Me dejaron hablar con un respeto increíble. Me creían lo que yo decía, no juzgaban, no atacaban. Después, cuando di por terminado mi relato de tu muerte, me dijeron que irían a buscar el legajo, pero que no podrían hacer fotocopias si yo no traía alguna documentación de mi vínculo directo con vos. Me pidieron el documento. Fueron y volvieron, reconocieron la existencia de un legajo, pero repitieron que necesitaban ver la filiación antes de entregar cualquier información. Me pidieron disculpas y entonces me fui.

Por supuesto ya había decidido volver y lo hice. Me preparé al día siguiente llevando la libreta de mis padres donde figuraba el naci-

miento de sus hijos. También llevé tu Acta de Defunción. Enseguida me hicieron unas fotocopias y me las entregaron. Ya me estaba yendo cuando se me ocurrió decirle: “Otro de mis hermanos también militaba”. Entonces la empleada me preguntó si estaba también muerto. Le dije que no, pero que vivía en España. “Debe venir él personalmente o darle un poder para que pueda fotocopiar su legajo” –me dijo. Lo entendí, me pareció bien que cuidaran los datos que tenían y que el interesado dispusiera de ella según sus necesidades. Con tres papeles en la mano me fui hasta un bar. Pedí un café y me puse a mirar las fotocopias. Sentí como que me estaba metiendo en tu intimidad, pero, si no era yo, ¿quién iba a hacerlo? Hice coraje y empecé. La primera hoja tenía transcrita la misma información que daba el diario sobre tu muerte, donde te habían encontrado: la noticia periodística. Las otras dos no se entendían bien, eran de una agrupación política sobre una huelga o algo así que ni te mencionaba. Me pareció tonto, irrelevante para que ocupara parte de tu legajo. Nada más. Entonces pensé que la policía no tenía elementos para culparte de nada, ni siquiera una mínima duda. No entendía. Sentí una especie de desilusión primero, luego mi mente desató la bronca provocada por la injusticia, otra vez, la falta de motivos. Entonces reflexioné, no hay motivos válidos nunca, jamás, para matar a otra persona, ni la guerra, ni la oposición de ideas, ni la furia, ni la pasión desmedida.

A partir de allí, mientras continuaba la terapia, comencé a leer información sobre la muerte de personas en esa época: Rucci, el padre Mujica, Ortega Peña, el padre Angelelli, policías, algún empresario y muchos jóvenes. Me sorprendió mi desconocimiento, la falta de recuerdos o, tal vez, la inmensidad de olvidos. Se hablaba de las patotas parapoliciales como la Triple A, la CNU, el Comando de Organización y otros. De a poco, entonces fui viendo crecer en mí la necesidad de sacar a la luz esta historia.

Cada tanto llamaba Bernardo de España. Te conté, creo, que se quedó como veinte años en España. Pero largas cartas lo unían con papá y mamá, sobre todo. Estaba más informado que nosotros de lo

que estaba ocurriendo en el país. Allá se publicaba en los diarios, se hablaba de la Dictadura, de los desaparecidos. Acá, nada.

Y un día, como tantos, llamé y atendí yo, por casualidad. Conversamos un poco y entonces le comenté de la DIPBA, le dije que no había podido sacar su legajo, si es que había, y que si le interesaba, cuando viajara a Argentina podía hacerlo personalmente. Y lo hizo. En su primer viaje de vuelta se fue a pedirlo. Después me sorprendió con una visita. En realidad, cuando viajaba, nos veíamos en lo de papá y mamá. Pero ese día vino a casa solo para decirme algo. ¿Qué era lo que necesitaba decirme? Lo hice entrar y casi en la puerta todavía, como sintiendo una fuerte necesidad de confesar, me miró a los ojos y me dijo: “Hernán casi ni figura en los legajos de la DIPBA. Yo sí, a mí me tenían fichado. Eran boludeces, después te lo muestro”. Su voz denotaba el sentimiento de culpa del que todavía no había podido liberarse, por lo menos frente a mí, pero con la firmeza de hacerse cargo de una responsabilidad. Yo jamás lo había culpado de nada, ni se me hubiera ocurrido pensarlo siquiera. Sin embargo, recordaba lo que mamá había contado cuando lo fue a visitar a Montevideo. Él le había preguntado si creía que era el culpable de tu muerte. Y ella, dolida, le dijo que tal vez no fuera el culpable, pero sí el responsable. Duras palabras. Mamá, con su bondad natural, no se había dado cuenta de que lo dicho había calado muy hondo en el corazón de su hijo, que las negaría o las pondría en boca de algún otro.

Sí, ni siquiera se había sentado, me miraba fijo y esperaba alguna reacción después de una confesión tan difícil. Pero lo tomé del brazo, convencida interiormente de lo que iba a decir: “Bernardo, los únicos culpables de la muerte de Hernán son sus asesinos”.

Unos meses después, vino a decirme que había hablado con un Fiscal Federal y que si a nosotros nos parecía bien, con un escrito, podíamos iniciar una causa en la que solicitáramos la investigación de tu muerte y la búsqueda de los culpables. Era lo que queríamos. Habíamos empezado a romper el silencio, definitivamente.

Las pruebas

lviden los orgullosos /
que cuando a la tumba vayan /
allí lo mismo se rayan /
humildes y poderosos
pero nosotros no sólo queremos
la igualdad en la muerte también
queremos la igualdad en la vida, queremos la
justicia en la vida...
Cambios. JUAN GELMAN

Nunca me gustó visitar la casita de los muertos que había construido la abuela. ¿Sabés? Te obligaba a desempolvar las angustias, no me daba sosiego, todo lo contrario, traía del pasado lo irrecuperable, aquello que se había perdido como se pierde el tiempo que no vuelve atrás. Siempre sentí miedo de estar tan cerca de los que ya no estaban, me recordaba mi propia vulnerabilidad. Había ido con la abuela algunas veces para renovar las flores al abuelo. Había que acompañarla. Un deber más. Después, cuando ella murió, fui con mamá y la tía también con flores para la abuela y el tío Vasco. Pero ese día, mirá qué casualidad, fue un 17 de junio, dos días antes de tu cumpleaños, ese día, te cuento, tuve que acompañar a mamá a exhumar tus restos. No iba a ser fácil romper el silencio.

Los tres hermanos, habíamos presentado ante el Juzgado un escrito en que se solicitaba al Juez la apertura de la investigación de tu crimen. Había que conseguir los elementos necesarios para iniciar la investigación. Pero lo más duro de todo sería la exhumación de tus restos y la autopsia como prueba evidente de tu muerte por fusilamiento.

Mamá había informado la dirección de la bóveda de la familia en el Cementerio Municipal para poder retirar tu cuerpo. Unos días después, alguien telefoneó a su casa, no sabe quién, alguien del cemen-

terio que le dio la información que le oprimiría el pecho. Inmediatamente después nos llamó:

—Me robaron ahora también el cuerpo de Hernán –dijo angustiada.

— ¿Cómo? ¿Qué decís, mamá?

—Sí, lo que te digo. Me dicen que el cuerpo no está, que no lo encuentran, la gente del cementerio, imagínate cómo estoy.

—Calmate, mamá, debe haber un error, no te preocupes...

—Lo único que me faltaba, yo que, por lo menos, tenía...

—Tranquilízate, mamá, mañana vamos a averiguar.

No te podés imaginar cómo la pesadilla se profundizaba. Por un momento recordé a todas las madres que no encontraron a sus hijos, dimensioné la crueldad de no dejar saber el destino del cuerpo de las personas desaparecidas, prueba fidedigna de la muerte que permite realizar el duelo.

Entonces, al día siguiente, temprano a pesar del frío, Virginia acompañó a mamá al cementerio. Sus caras estaban como surcadas de aflicción y enojo. Pero las dos iban decididas a investigar qué pasaba. Llevaban consigo tanto los papeles que contenían los datos de la bóveda como también la perversa incertidumbre de no saber a qué se iban a enfrentar. ¿Se habrían equivocado? El mundo de la burocracia de los muertos las esperaba: un libro enorme con entradas y salidas, expedientes y archiveros:

—Por favor, fíjese bien, Lote 39, Sección C –dijo mamá– ahí tiene que estar mi hijo.

— ¿Cómo dice? No puede ser, me permite la documentación...

—Sí, acá, Lote 39, Sección C, esa es la dirección de la bóveda. ¿Ahí fueron?

—Perdón, señora, no, acá su hijo está registrado en el Lote 39, Sección A.

— ¿Qué me quiere decir?

—Que hay un error de registro, evidentemente. Aquí figura como Sección A. Tendremos que corroborar de nuevo.

—Bueno, vayan, yo espero acá.

—No señora, no es tan rápido, ni tan simple. Vaya a su casa tranquila, seguro que se resuelve el problema. No se preocupe que la llamaremos.

Otra vez el destino había decidido tendernos una jugada llena de maldad. ¿Era el caso de impunidad planeada una vez más? Tal vez no, quizás algo distinto, pero también indecente: ¿incompetencia, negligencia o burocracia del mal? ¿Y la llamada telefónica? Evidentemente para ellos era un trámite más, parte de su trabajo. Pero, ¿y el respeto por los deudos? La rutina los desnaturaliza, evidentemente, pierden noción de la importancia que tienen los restos para los familiares. Un cuerpo que había sido encontrado sin vida, ahora desaparecía.

Al día siguiente, efectivamente, con los nuevos datos, llamaron para avisar que habían encontrado el cuerpo. Mamá lloró con un llanto nuevo.

Sin embargo, todavía faltaría el desentierro, sacarían el cuerpo, mamá firmaría el acta y luego se llevarían el ataúd los del Servicio de Antropología Forense para realizar la autopsia. No hubiéramos querido que mamá pasara por todo esto, pero no había más remedio. Eras su hijo.

Pasaron unos meses y nos llamó la gente del Equipo de Antropología, evidenciaban un gran respeto por los familiares, cuidaron las palabras que iban a decir. Ya habían realizado la autopsia y debían regresar tu cuerpo. Oportunamente, entregarían el informe al Secretario del Juez y una copia sería para la familia. Así llegó el día del segundo entierro. La ceremonia del regreso era de una ineludible legalidad y debíamos estar presentes.

La congoja parecía aplastar el ánimo. Una renovada aflicción se iba instalando mientras devolvían el cuerpo a la casita de los muertos. Pasamos otra vez la misma prueba, pero diferente, los años habían hecho su trabajo. ¿Sabés?

Después llegó el informe. Nadie quería mirarlo porque ya nos habían dado un resumen oral de los resultados. Permaneció mucho

tiempo en lo de Virginia, nadie lo tocaba, sabíamos que había fotos, era difícil atreverse. Pero llegó un momento de valentía y pude leerlo, no sin sufrir después, el esperado insomnio.

La primera sorpresa fue que, leyendo el comienzo del informe, (bueno, no sé si tanta sorpresa) la Comisaría de Ponsati informaba al Juez que allí no existía ningún Libro de Guardia del año 75 ya que, adujeron, estos libros solo se conservaban en las Dependencias por el término de diez años y luego se incineraban “por falta de espacio” al igual que el listado del personal que prestaba servicios en esa fecha. Era inconcebible. Habían eliminado pruebas, testigos. Pensar que en la escuela donde trabajo se ha conservado la documentación importante desde el año 1962 porque así lo disponen las autoridades. Sin embargo, en una comisaría en donde circulan miles de delitos penales, “incineraban por falta de espacio”. Una mentira enorme para tapar las pruebas, los testimonios. Nada se había guardado: ni actas, ni fotos, ni personas intervinientes. Solo tu cuerpo, que nosotros conservamos amorosamente, iba ser la prueba fehaciente del fusilamiento y más: quebradura de tibia y peroné, balas y orificios en todas partes del cuerpo.

¿Dónde va la justicia reparadora sin las pruebas? Otra vez la certeza de indefensión incurable. Otra vez el fantasma de la implacable impunidad.

Homenaje

Una memoria atravesada/
por los olvidos/
arrastra por los caminos su condena/
pues va herida de muerte.

Hamlet. LIMA QUINTANA

Creo que te conté que me había encontrado con Simón. Bueno, no sabés cómo se movilizó. En realidad, después me dijo que le había quedado una deuda pendiente con vos y como pertenece a la comisión de la Secretaría de Asuntos Estudiantiles, fue a llevar la propuesta para que colocaran en el Colegio Nacional una placa con tu nombre. Lo aceptaron volando y se organizó en diez días un homenaje en tu honor. Llevé unas fotos en un CD (para que sepas, un CD es como un longplay, pero dos o tres veces más chico y no se le pone púa, lo metés en una lectora con rayo láser, creo, y te lo reproduce, ¿me entendés? Es que no sé cómo explicártelo porque yo tampoco lo entiendo mucho). En otro CD estaban las canciones que nos había pasado Julia donde estás vos cantando, te reís, se cargan un poco, lindo, fue emotivo escuchar de nuevo tu voz. La cosa es que te hicieron un video que quedó hermoso.

Te cuento que tus amigos se fueron comunicando entre ellos. Algunos no podían ir. Muchos habían asistido al homenaje colectivo que les habían hecho unos años antes a todos los desaparecidos del club, incluso pusieron una placa con los nombres. Mamá llamó a los parientes, Virginia, Bernardo y yo a otros amigos. En fin, lograste un revuelo bárbaro, como siempre. Félix y Enrique viven lejos, pero nos estuvieron acompañando. No sabés las cosas lindas que dijeron

de vos. Enrique me escribió un mail (ah, perdón, me olvidaba que no sabés qué es un mail. Es como una carta, pero te la mandan con la computadora, no me acuerdo si viste alguna vez una computadora, no se usaban en las casas en esa época, ahora casi todos tienen una). Bueno, que te lo tengo que escribir porque no me lo vas a creer: "Ara-celi, soy Enrique, no sé si me recordarás (me adjunta una foto; ahora, con estas nuevas tecnologías, se pueden enviar junto con la carta), de la foto soy de la fila superior el tercero de la derecha (¡cómo si yo no me acordara de él!). Con la ida de Hernán las alegrías nunca más fueron tan plenas. Es muy difícil escribir estas palabras, pues desde que me llamó Simón no pude dejar de recordar los momentos que nos regaló tu hermano en tan poco tiempo... nosotros resistimos, pero nunca dejaremos de dar testimonio desde cada lugar donde estemos, porque nuestra sociedad nos debe explicaciones, verdades y por encima de todo, justicia. No bajaremos los brazos ante un país cobarde que no supo reconocer en su juventud el pedido de un cambio necesario, mayor justicia. Mucho compartí con él, mucho recuerdo, mucho lo quise, mucho lo lloré, mucho lo extrañé. El viernes es un pequeño homenaje al lado de lo que se merece. Gracias por darme esta oportunidad de poder recordar lo mejor de Hernán, sus ganas de vivir... Viajaré y estaré allí, en nuestro Colegio Nacional. Espero no haberte incomodado con estas palabras, pero necesitaba expresar este momento que estoy viviendo, sinceramente. Enrique."

¿Te das cuenta de todo el tiempo que ha pasado? Dejaste una huella profunda. En todo este tiempo las cosas cambiaron, nosotros cambiamos. Te perdiste todos estos inventos nuevos, ya sé, me dirás que las canciones estaban en un cassette. Sí, pero ahora se pueden pasar a un CD. Te encantaría saber todas las cosas nuevas que hay. Otro día te cuento. Ahora me interesa seguir con el tema del homenaje. Estuvimos todos temprano, quiero decir la familia, pero también vinieron los primos, amigos tuyos, míos, de mamá, amigos de amigos, gente sensible al tema que ni siquiera te conocía, uno de mis hijos. Los otros dos están lejos, no pudieron acompañarme.

Te decía, primero nos invitaron con un café en el Rectorado, luego nos acompañaron al aula en la planta baja, a la derecha de la escalera, al fondo ¿te acordás? Bueno, no me vas a creer, te tocó el aula de Química, ahí da clases Simón, bueno, él es Bioquímico, pero vos, vos te estarás matando de risa ¡El aula de Química! ¡Una de las materias que te llevaste! Después, creo que algo aprendiste porque en la Facu te sacaste nueve. A lo mejor fue gracias a esa profe, ¿no? Te cuento que le habían puesto a la placa una tela blanca con dos cintas argentinas a los costados. La Rectora explicó algo que ahora no me acuerdo bien, después te digo, estaba emocionada, y luego tuvimos que tirar de las cintas mamá, Bernardo, Virginia y yo. Ah, me olvidé de decirte, papá no estaba, está muy viejito y dependiente, no podía. Mamá, está muy bien, de la cabeza, claro, por lo menos puede seguir disfrutando y participando de un montón de cosas.

Bueno, ya me fui del tema de nuevo, es que no te había dicho estas cosas que son importantes. Cuando tiramos de las cintas, pudimos ver tu placa que decía:

**HERNÁN FRANCISCO ROCCA
ASESINADO POR LA TRIPLE A
28 DE MARZO DE 1975**

Y todos aplaudimos, fue como si estuvieras ahí, te juro que yo iba sintiendo que tu presencia iba llegando con cada rostro amigo, estabas con nosotros. Después nos llevaron al auditorio del colegio. ¿Te acordás cuando hicieron el show de despedida en sexto año? Estaba repleto, y ahora, lo mismo. Llevaron también a los alumnos que ocuparon la parte de atrás. A nosotros, los familiares, nos habían preparado una mesa con mantel, agua y micrófono en el escenario, al costado derecho, mirando, claro, desde la entrada. Primero habló la Rectora sobre la importancia de estos homenajes, que estuvieran los alumnos, que su gestión estaba terminando y se alegraba poder hacerlo con este acto, en fin, perdoname pero no me acuerdo bien, estaba nerviosa y emocionada. Después anunció mis palabras como

si yo hubiera preparado un discurso. En realidad es cierto que yo le dije que quería hablar, pero, ¿sabés? No imaginé que le iba a dar tanta centralidad, pensé que iban a hablar tus amigos. Bueno, nada, yo en mi cabeza tenía un guión que quería decir y voy a tratar de repetírtelo porque no lo tengo escrito, tendría que tener el video. Primero le agradecí a los directivos por autorizar la colocación de la Placa con tu nombre en un aula. Después le agradecí a Simón porque cuando nos encontramos, me dijo que tenía una deuda con vos y que iba a tratar de enmendarla. Total que en diez días ya estaba organizado tu homenaje. Dije algo así como que te lo merecías porque el colegio te vio crecer, fue allí donde hiciste casi todos tus mejores amigos y el colegio te había dado no solo una formación en conocimientos que te había permitido acceder a la Facultad de Medicina sin problemas, sino que también desarrolló tu pensamiento lógico y tu espíritu crítico que después, con tu sensibilidad, te hizo tomar un compromiso social por el que fuiste asesinado durante el Terrorismo de Estado del 75. Entonces agregué que fuiste un buen hijo, un buen hermano, pero sobre todo una buena persona. Lo dije en nombre de toda la familia. Y agregué que estabas lleno de alegría, que eras esforzado, apasionado, perseverante, conciliador. No te estaba idealizando, vos eras eso y mucho más. Después creo que agradecí la presencia de todos los que habían venido a acompañarnos, familiares y amigos, conocidos. Y a los que no pudieron venir, pero sabía que les hubiera gustado estar acá, porque para nosotros, tu familia, era un momento muy importante. Después me dirigí a los chicos que estaban en la sala y les dije que era fundamental guardar la memoria porque el recuerdo del pasado nos permitiría construir un futuro mejor.

¿Qué tal te pareció? Bueno, no te agrandes, che, vos hubieras hecho lo mismo por mí. Me olvidé de contarte que antes de subir al escenario me saludó Julio ¿te acordás que lo llevaste al club para que jugara? Lo que no te acordarás es que él me contó que cuando estaban en el club y viste cómo pateaba, lo llevaste al entrenador y delante de todos dijiste que era un gran pateador. Para él fue un comentario

muy lindo, se sintió valorizado y te recuerda con mucho cariño. Pero vino también con su mujer Mercedes, tal vez te acuerdes, pues fueron novios de jóvenes. Ella traía un libro que yo le había encargado a Julio, *Huellas II*. Es un libro donde cada familiar escribe, hace una semblanza de su hijo, hermano o padre desaparecido. ¡Ah, es que vos no sabés nada! Te voy a contar porque fue terrible. Después del 75 las cosas fueron cada vez peor, muchos fueron asesinados. Luego en el 76 hubo un golpe de estado y subieron los militares. Fue la historia más negra de la Argentina. Crearon centros clandestinos de detención. A Laurita, la hermana de Julio, la llevaron a la Cacha con su esposo. La Cacha le decían al lugar donde estaba la ex Radio Provincia, al lado de la cárcel de Olmos, por Cachavacha la bruja de Hijitus, no sé si era o no un dibujito de tu época, creo que no. Bueno, la brujita hacía desaparecer gente. Policías, militares, fuerzas conjuntas, se metían de noche en las casas, secuestraban, violaban, torturaban, mataban a militantes, a sindicalistas y a cualquiera que tuviera alguna relación con ellos o no. Decían que eran “desaparecidos” porque los cuerpos no volvían a aparecer. Con el tiempo, después del 82, cuando se fueron los militares, comenzaron a buscar los cuerpos. Algunos volvieron por el río, pues los tiraban desde los aviones al Río de La Plata, semiconscientes, otros aparecieron como NN en fosas comunes, en tachos con cemento, en cementerios de pueblitos chicos, pero ¿sabés cómo los reconocen? Ahora hay un estudio que se hace de las personas, el ADN, que a través de un análisis químico se sabe quién es la persona muerta y se lo relaciona con los familiares de desaparecidos que han donado sangre en un Banco de Datos Genéticos. Así van descubriendo las identidades, porque algunos estaban quemados o mutilados. Te cuento que este Banco de Datos lo fueron armando con profesionales las Madres de Plaza de Mayo. ¿Sabés quiénes son? Son las madres de los desaparecidos que se reunían en la Plaza, frente a la Casa de Gobierno, con pañuelos blancos en la cabeza pidiendo por la aparición con vida de sus hijos. Todos los jueves. Debían caminar en redondo porque los militares no les permitían quedarse quietas con las pancartas, las fotos

y los pañuelos en la cabeza. Esos pañuelos tienen el nombre de los hijos desaparecidos y simbolizan los pañales que las madres les ponían cuando eran bebés. Como nadie las escuchaba, esa fue su forma de lucha. Enseguida surgieron también las Abuelas de Plaza de Mayo, las que buscan a sus nietos nacidos en los centros de detención. El mismo estudio de ADN se usa para reconocer a los hijos apropiados. Hoy hay 115 chicos (ya son hombres y mujeres) recuperados. No me vas a creer quién está entre estas madres: Herenia. Sí, porque Santiago y Cecilia desaparecieron en el 77, pero, por suerte, Santiago llegó a dejarles las nenas. Y, no sé si contarte más, porque fueron tantos, del club, por ejemplo: Santiago, Otilio, Mariano Montequín, Pablo Balut, Jorge Moura, Rodolfo Axat, Pinino Lavalle, Alfredo Reboredo, Luis Munitis, Marcelo Bettini, Abel Vigo, Eduardo Navajas, Mario Mercader, Pablo del Rivero, Enrique Sierra, Julio Álvarez, Abigail, uno de los Merbilhá, no sé si me olvido de alguien, no los conocía a todos y esos solo de tu club, se calcula que en el país hubo más de 30.000 desaparecidos. ¡Qué locura! ¿No te parece? Por pensar distinto... sin jueces ni derecho que los protegiera... igual que vos. Recién hace unos años han empezado los juicios contra los represores, se los juzga por crímenes de Lesa Humanidad, quiere decir que son imprescriptibles. Todo terminó después de una cruenta Guerra en Malvinas declarada por los militares contra Inglaterra. Fue muy penoso. También infinidad de pérdidas irreparables. Otra vez nuestros jóvenes.

Bueno, me fui de nuevo del tema. Es que hay tanto para contarte. Lo que pasa es que vos fuiste uno de los primeros. Te decía que Meche me trajo el libro, es hermoso, un homenaje a los seres queridos. No te preocupes, yo no sabía que lo habían hecho, en el próximo te voy a poner a vos. Ya sé, como siempre, me voy por las ramas, no me critiques... es que no quiero olvidarme de nada. Te cuento que en el homenaje pasaron el video con fotos y tus canciones, ya te había adelantado algo, pero quedó bueno. Luego la Rectora le entregó una fotocopia del Decreto a mamá por el cual se colocaba la placa y se decía que no podía ser removida, me parece bien, para que no te saquen

de ahí. También le dio una copia de tu legajo. Si lo pudieras ver, te re-irías, ¿sabés qué? Estaba tu examen de ingreso, las sanciones por mal comportamiento. Te cuento que eran severas y vos no eras tan santito como creíamos, nos tenías engañados, hay varias suspensiones por cantar *Ya somos bachilleres*, algunas amonestaciones por *jugar de manos con algún compañero adelante del preceptor*, las materias en las que te fuiste, no muchas.

El acto lo cerró la Rectora y después nos mostraron la Biblioteca. Algunos fuimos a lo de mamá a comer unas empanaditas. Ya sabés cómo es ella, cualquier celebración debe tener comida, es su corazón gordo. Nos juntamos unos cuantos familiares y amigos todos hablando de vos. Iba ya cayendo la tarde y de a poco se fueron yendo todos hasta que se hicieron casi las seis. Nos quedamos solos mamá, Bernardo, Virginia y yo charlando los cuatro. Cuando mamá habló como reflexionando en voz alta, sé que vos estabas ahí con nosotros, te lo juro que sentía tu presencia y ella diciendo: “Estoy feliz. Mi hijo fue recordado con mucho cariño”.

Después el final del final, pero te tengo que explicar algunas cosas. Mario es alguien que no te conoció, más chico que nosotros, de Los Tilos, pero allí estaba, sacó fotos y las subió a Facebook. ¿Cómo te explico qué es eso? Ahora con la computadora surgieron otras posibilidades de comunicación: Internet es un lugar en el que hay mucha información, todo lo que puedas imaginarte está ahí: música, historia, arte, ciencia, tecnología, medicina, todo lo que el hombre ha creado, y allí también está Facebook que es como una red de comunicación entre personas que se hacen amigas por Internet. Es difícil explicarlo, hay fotos, comentarios, publicaciones de diarios, no sé, pero, como te dije, Mario subió las fotos del homenaje y la gente comentaba: “fue muy emotivo... Hernán era luz... Hernán se lo merecía...” (¡No te agrandes!). Ricardo, nuestro primo que vive en Salta me escribió. A pesar de que nunca contesta un mail porque no le gusta, esta vez respondió al mío donde le contaba de tu homenaje. Lo que puso me hizo emocionar: “Hola Ara, soy uno de los del último grupo, y los feli-

cito por movilizar el recuerdo en un homenaje a su corto paso junto a nosotros. Para algunos, entre los que me incluyo, este homenaje a Hernán es parte de nuestros corazones y además, creo que lo más significativo y permanente, es que nos marcó las muchas maneras de enfrentar nuestras realidades, nuestras vidas. Ahí es cuando se torna permanente su vivo recuerdo. Siempre fue dura su ausencia y siempre una sonrisa su presencia. Ara, nunca y nada hará que no esté con nosotros. ¡HASTA SIEMPRE, HERNÁN!”

Mientras leo estas palabras, suena un CD donde canta el poeta Silvio Rodríguez: *A dónde van las palabras que no se quedaron, a dónde van las miradas que un día partieron, acaso flotan eternas como prisioneras de un ventarrón, o se acurrucan entre las rendijas buscando calor... Acaso, ¿nunca vuelven a ser algo? acaso se van y ¿a dónde van, a dónde van?... ¿A dónde van ahora mismo estos cuerpos que no pueden nunca dejar de alumbrar, ¿acaso nunca vuelven a ser algo? ¿Acaso se van y a dónde van, a dónde van?*

Y yo le respondí a Silvio: ya sé a dónde van, están en la memoria de los que te amaron.

Tu sombra

Aquí estás en la sombra
Con tu mano en la mía
Respirando en un tiempo
Sin antes ni después /
Ya ves que aunque te fuiste
No te vas todavía
Y estás aquí conmigo
No importa dónde estés /
Detenido en la noche
Donde nunca es de día
Detenido en la noche
Y amaneciendo en mí...

Canción contigo. JOSÉ ÁNGEL BUESA

Te cuento que durante todo este tiempo, yo escribía en la cama y vos estabas conmigo. Puedo verificar tu regreso de no sé dónde porque he sentido tu sombra presente, como si estuvieras a mi lado, vivo: tus largas piernas estiradas con los pies cruzados uno arriba del otro, los brazos también cruzados atrás de tu nuca como en vuelo, una sonrisa tenue en los labios que demoraba en dibujarse. Estabas escuchándome, atentamente, también recordando, asintiendo. Estuviste ahí, reviviendo los momentos. Tan cerca que a veces me daban ganas de preguntarte: “¿Fue así? No estoy segura, no me dejes mentir”. Pero, como siempre, no confrontabas, me dejabas hacer, me dejabas reconstruir libremente tu breve vida ¡Qué orgullo el mío haber sido tu hermana! Sentí tu confianza en mí, sentí tu aliento vital, todo el tiempo. Te habías visibilizado y me dabas fuerzas para seguir escribiendo... tu presencia era sutil. Sé que me fuiste murmurando historias para ayudarme. Algunas cosas las quisiste ocultar... esas que quedarán como preguntas sin respuestas... Como siem-

pre, fuiste eligiendo lo que te gustaría que dijera, por momentos me sentía tu instrumento, en otros, me soltabas. Las palabras dictadas fueron entretejiendo un discurso mío y tuyo, pero también el de la familia y los amigos. Y este acto único de escribir ya no fue personal, se multiplicaron las voces que fueron compartiendo la autoría. Está bien, es cierto, tenés razón, yo puse el cuerpo, la emoción contenida, el llanto envejecido, los insomnios. La escritura funcionó como telescopio que deja ver las estrellas. Porque a través de ella pude verte, escucharte, dejar que volvieras y también me liberaras. Porque ella me dejó ver que tu vida prevalecía sobre tu muerte. Porque fue la luz de tu vida la que me dejó verte.

Te cuento que al principio, lo primero fue como querer cumplir con un deber moral: dejar testimonio de tu paso por esta vida y tu muerte inexplicable. Se lo debía al pasado y al futuro. Te lo debía. Pero después la historia me hizo sentirte tan cerca que fui descubriendo en la escritura un nuevo placer. Buscar la palabra que te hiciera justicia, la que no me dejara falsear la verdad, fue una búsqueda audaz, aventurada que fue atrayendo tu presencia. No te puedo negar que por momentos el miedo volvía y me hacía dudar... la impunidad sigue vigente. Por otro lado, me estaba enfrentando con la historia y no te podía traicionar. Pero, sin darme cuenta, todo se fue haciendo más fácil, más liviano. Entonces pensaba: "Cada vez que alguien lea, volverás a la vida, estarás en cada pensamiento, en cada corazón que te conozca o te recuerde a través de mi voz. Mientras haya lectores estarás vivo de nuevo". Aquí estás ahora, conmigo, has regresado. Con vos también ellos han venido, los otros rostros, los otros nombres ausentes superando la inicua muerte. Regresaron buscando el calor de la palabra. ¿Cómo hago para que se queden? ¿Cómo hago para que te quedes? Sin embargo, yo sé que se irán al anochecer, como todas las sombras, pero pude tenerte, tenerlos aunque solo durante el tiempo de la escritura, porque ella te fue acercando a mí, me permitió verte de nuevo.

Ahora ya me he reconciliado con el pasado de tantos silencios. Ahora te deja en paz tu hermana parlanchina. Pude provocar la pala-

bra y escuchar todas las voces que habían permanecido calladas tantos años. Y esas voces me contaron de tu alegría, dibujaron tu pasión por la vida, recuperaron tus luchas, tus esfuerzos, tus valentías me contaron el lugar que le diste al amor y a la amistad. Se multiplicaron las palabras, nadie quiso seguir callando... fue un acuerdo implícito, sobrentendido: no sepultaríamos más el recuerdo de lo que dolió, decidimos mantenerlo vivo como regalo no solo para nosotros mismos, sino también para los que nos siguen detrás, ellos tendrán que saber y entender. El silencio se abrió como en un alumbramiento. Madre, hermanos, familia, amigos, ganaron la batalla y encontraron el arma más poderosa para pulverizar el dolor: recordar tu alegría, vehículo definitivo al rescate de tu memoria.

¿Cómo volver el tiempo atrás y que la nostalgia se meta en la piel? ¿Cómo hacen los vivos para enfrentar a la muerte cuando ella llega a través del Mal ejecutado por los vivos? La palabra es la respuesta.

La palabra recobrada a través de la anécdota frente al dolor. El diálogo del testigo con la presencia inquieta del fantasma hermoso, siendo deber moral poner en funcionamiento la máquina de narrar y así enfrentar al olvido, hacerlo añicos, traer algo de justicia al lugar de la impunidad.

Cada vez que alguien lea, volverás a la vida, estarás en cada pensamiento, en cada corazón que te conozca o recuerde a través de mi voz. Mientras haya lectores, estarás vivo de nuevo... le habla Araceli a su hermano Hernán quien desde algún lado la escucha, y ella lo siente cerca, lo acaricia con palabras, le cuenta lo que ellos mismos fueron antes, y en lo que se convirtieron después de su asesinato por parte del terror paraestatal.

Hernán sigue entre nosotros y Araceli es solo el médium. El libro que escribió es la constancia de su presencia, pero también, de que no nos han vencido.

JULIÁN AXAT

Araceli Rocca nació en la ciudad de La Plata un 25 de enero de 1952. Después de sus estudios primarios y secundarios, eligió la Carrera de Letras que terminó en la Universidad Nacional de La Plata hacia el año 1975. Se dedicó durante cuarenta años a la enseñanza primaria, secundaria y superior. Ya culminando su carrera laboral decide emprender un nuevo proyecto, la escritura, una deuda pendiente. Producto de esta nueva etapa es su primera novela, *Silencio de familia*.